



Índice.

- 1.- Lecturas Bíblicas de las Misas de Cuaresma.**
- 2.- Cuaresma- Escrutinios.**
- 3.- No podemos regresar automáticamente a Dios si no es desde el corazón**
- 4.-Oración, Ayuno y Misericordia son inseparables**
- 5.- Oración, Ayuno y Limosna**
- 6.- Orar a tiempo y a destiempo.**
- 7.- Para un retiro de cuaresma**

1.-LECTURAS BÍBLICAS DE LAS MISAS DE CUARESMA

MIÉRCOLES DE CENIZA

Tiempo favorable para convertirse obrando según Dios.

Joel 2,12-18. Se convoca al pueblo para proclamar el ayuno. El oráculo del Señor dice: convertíos, rasgad los corazones y no las vestiduras.

Sal 50,3-6.12-14.17. Misericordia, Señor, hemos pecado. Oh Dios, crea en mi un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme.

2 Cor 5,20-6,2. En nombre de Cristo, dice Pablo, os pedimos que os reconciliéis con Dios. Ahora es el tiempo favorable, el día de salvación.

Mt 6,1-6.16-18. Cuidar de no practicar las virtudes para ser vistos por los hombres sino Para ser vistos por Dios.

JUEVES DESPUÉS DE CENIZA

Elegir entre la vida o la muerte

Dt 30,15-20. Elegir entre la vida o la muerte, la bendición o maldición. Elige la vida y vivirás amando al Señor.

Sal 1,1-6. Dichoso el hombre que ha puesto su confianza en el Señor. Dichoso el hombre que no sigue el consejo de los impíos.

Lc 9,22-25. El que pierda su vida por el Señor la salvará. Quien quiere salvar su vida la perderá. ¿De qué sirve a uno ganar el mundo entero si se pierde?



VIERNES DESPUÉS DE CENIZA

Ayunar mientras se espera al Señor.

Is 58,1-9a. El ayuno que quiere el Señor es abrir las prisiones..., partir el pan con el hambriento, hospedar... vestir...

Sal 50,3-6,18-19. Un corazón quebrantado y humillado, tú, Dios mío, no lo desprecias. Los sacrificios no te satisfacen... Mi sacrificio es un espíritu quebrantado; un corazón quebrantado y humillado, tú no lo desprecias.

Mt 9,14-15. Llegará un día en que se lleven al novio, y entonces ayunarán.

SÁBADO DESPUÉS DE CENIZA

Cambiar de vida.

Is 58,9b-14. Si destierras de ti la opresión... si compartes el pan con el hambriento... brillará tu luz en las tinieblas... entonces el Señor será tu delicia.

Sal 85,1-6. Enséñame, Señor, tu camino, para que siga tu verdad. Protege, Señor, mi vida y salva a tu siervo, que confía en ti.

Lc 5,27-32. El Señor dijo a Leví: Sígueme. Dejándolo todo, lo siguió. No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores.

DOMINGO PRIMERO DE CUARESMA

Ciclo A

Gn 2,7-9; 3.1-7. Creación y pecado de los primeros padres.

Sal 50,3-6.12-14.17. Misericordia, Señor, hemos pecado.

Rm 5, 12-19. Si creció el pecado, más abundante fue la gracia.

Mt 4, 1-11. Jesús ayuna durante cuarenta días y es tentado.

La tentación más grande del hombre es el no querer conocer y aceptar sus propios límites (1 Lect.). Cristo, a diferencia de Adán, acepta plenamente la condición humana, reconociendo la dependencia de Dios y rechazando el proyecto autónomo (Ev.). Y así Cristo constituye la nueva humanidad, en donde sobreabunda la gracia (2 Lect.).

Ciclo C

Dt 26,4-10. Profesión de fe del pueblo escogido.



Reflexiones Católicas.

Sal 90. Acompáñame, Señor en la tribulación.

Rm 10,8-13. Profesión de fe del que cree en Jesucristo.

Lc 4,1-13. El Espíritu le iba llevando por el desierto y era tentado.

La liturgia abre el tiempo cuaresmal agradeciendo al Señor las obras maravillosas que ha realizado y confesando la fe en Él, Señor de la historia (1 Lect.). Pablo invita a la profesión de fe en Cristo, resucitado de entre los muertos y fuente de salvación para todos (2 Lect.). Jesús en el desierto ora al Padre y vence las tentaciones del diablo con las armas de la fe y la obediencia a la Palabra de Dios (Ev.).

LUNES DE LA PRIMERA SEMANA

Practicar la verdadera religión.

Lv 19,1-2.11-18. Sed santos porque Dios es santo. Seréis santos cumpliendo los preceptos del Señor.

Sal 18, 8-10.15. Tus palabras, Señor, son espíritu y vida. Los mandatos del Señor son rectos y alegran el corazón.

Mt 25,31-46. Venid vosotros, benditos de mi Padre, porque... Apartaos de mi, malditos, porque...

MARTES DE LA PRIMERA SEMANA

Hacer la voluntad de Dios.

Is 55,10-11. La palabra que sale de la boca de Dios no vuelve a El vacía, sino que hace su voluntad.

Sal 33,47.16-19. El Señor libra de sus angustias a los justos. Yo consulté al Señor, y me respondió.

Mt 6,7-15. El Señor enseñó a orar. Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.

MIÉRCOLES DE LA PRIMERA SEMANA

Urgencia de conversión.

Jonás 3,1-10. Dentro de 40 días Nínive será destruida. Los ninivitas creyeron en Dios y se convirtieron.

Sal 50, 3-4.12-13.18-19. Un corazón quebrantado y humillado tú, Dios mío, no lo desprecias. Por tu inmensa compasión borra mi culpa; lava del todo mi delito.



Reflexiones Católicas.

Lc 11, 29-32. Jonás ha sido un signo para los habitantes de Nínive. Lo mismo será el Hijo del Hombre para esta generación.

JUEVES DE LA PRIMERA SEMANA

Renovar la fe en la oración.

Ester 14,1.3-5.12-14. El Pueblo de Dios sufre. Ester busca en Dios la ayuda necesaria.

Sal 137,1-3.7-8. Cuando te invoqué, me escuchaste, Señor. Señor, tu misericordia es eterna, no abandones la obra de tus manos.

Mt 7,7-12. Pedid y se os dará; llamad y se os abrirá, buscad y encontraréis.

VIERNES DE LA PRIMERA SEMANA

Reconciliación con Dios y con los hermanos

Ez 18,21-28. Si el malvado se convierte y guarda los preceptos, ciertamente vivirá y no morirá.

Sal 129,1-8. Si llevas cuenta de los delitos, Señor, ¿quién podrá resistir? Porque del Señor viene la misericordia y él redimirá a Israel de todos sus delitos.

Mt 5,20-26. Al presentar tú ofrenda al altar y recordar que has ofendido a tu hermano, deja la ofrenda, reconcíliate y luego presenta tu ofrenda a Dios.

SÁBADO DE LA PRIMERA SEMANA

Corresponder a la elección.

Dt 26,16-19. El Señor eligió a su Pueblo. Este deberá guardar todos los preceptos del Señor y será el pueblo santo.

Sal 118,1-8. Dichoso el que camina en la voluntad del Señor. Quiero guardar tus leyes exactamente, tú no me abandones.

Mt 5,43-48. ¿No hacen lo mismo también los gentiles? Por tanto, sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto.

DOMINGO SEGUNDO DE CUARESMA

Ciclo A

Gn 12,1-4a. Vocación de Abrahán, padre del pueblo de Dios.



Reflexiones Católicas.

Sal 32,4-5.18-20.22. Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros, como lo esperamos de ti.

2 Tm 1,8b-10. Dios nos llama y nos ilumina.

Mt 17,1-9. Su rostro resplandecía como el sol.

Dios llama a Abrahán a que salga de su tierra y le señala la nueva tierra, fuente de bendición y de gracia (1 Lect.). Jesús, transformado enseña a apóstoles la tierra prometida. Para llegar a ella es necesario recorrer el camino que pasa por la cruz y la resurrección (Ev.). El cristiano, llamado a una vida santa, debe asumir los duros trabajos del Evangelio (2 Lect.).

Ciclo C

Gn 15,5-12.17-18. Dios hace alianza con Abrahán, el creyente.

Sal 26. El Señor es mi luz y mi salvación.

Flp 3,17-4,1. Cristo nos transformará según el modelo de su cuerpo glorioso.

Lc 9,28b-36. Mientras oraba, el aspecto de su rostro cambió.

Abrahán, primer caminante de la fe, cree en la Palabra de Dios que promete una tierra y el Señor establece una alianza con él y su descendencia (1 lect.). El cristiano, ciudadano de la tierra nueva del cielo, es amigo de la cruz del Señor (2 Lect.). La transfiguración de Jesús en el monte Tabor es prefiguración de su gloria después de la prueba de la cruz (Ev.).

LUNES DE LA SEGUNDA SEMANA

Perdonar como Dios perdona para ser perdonados

Dt 9,4b-10. Nos abruma la vergüenza porque hemos pecado contra ti. El Señor es compasivo y perdona.

Sal 78,8-11.13. Señor, no nos trates como merecen nuestros pecados. Socórrenos, Dios, salvador nuestro, líbranos y perdona nuestros pecados.

Lc 6,36-38. Perdonad y seréis perdonados. La medida que uséis, la usarán con vosotros.

MARTES DE LA SEGUNDA SEMANA

Hacer el bien de palabra y de obra



Reflexiones Católicas.

Is 1,10.16-20. Aprended a obrar el bien y a obedecer. Así los pecados serán blanqueados como Nunca se ha visto

Sal 49,8-9.16-17.21-23. Al que sigue buen camino le haré ver la salvación de Dios. ¿Por qué recitas mis preceptos... y te echas a la espalda mis mandatos?

Mt 23,1-12. Haced y cumplid lo que os digan los escribas y fariseos; pero no hagáis lo que ellos hacen, porque ellos no hacen lo que dicen. El primero entre vosotros será vuestro servidor.

MIÉRCOLES DE LA SEGUNDA SEMANA

Acompañar a Cristo en su Pasión

Jr 18,18-20. Venid, maquinemos contra Jeremías. Han cavado una fosa para mí. Acuérdate de cómo estuve en tu presencia.

Sal 30,5-6.14-16. Sálvame, Señor, por tu misericordia. En tu mano están mis azares, líbrame de los enemigos que me persiguen.

Mt 20,17-28. ¿Sois capaces de beber el cáliz que yo he de beber? Somos. Mi cáliz lo beberéis.

JUEVES DE LA SEGUNDA SEMANA

Confiar en los verdaderos valores

Jr 17,5-10. Bendito quien pone su confianza en el Señor. Maldito quien confía en el hombre apartando su corazón del Señor.

Sal 1,1-6. Dichoso el hombre que ha puesto su confianza en el Señor. Dichoso el hombre que su gozo es la ley del Señor y medita su ley día y noche.

Lc 16,19-31. Había un hombre rico que vestía de púrpura. Había un mendigo llamado Lázaro.

VIERNES DE LA SEGUNDA SEMANA

Acoger el Reino y no rechazar al enviado

Gn 37,3-4.12-13a.17b-28. José vendido por sus hermanos.

Sal 104,16-21. Recordad las maravillas que hizo el Señor. La palabra del Señor acreditó a José. El rey lo nombró administrador de su casa.

Mt 21,33-34.45-46. Matemos al heredero. La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular.



SÁBADO DE LA SEGUNDA SEMANA

Levantarse y volver al Padre

Mi 7,14-15.18-20. El Señor no mantendrá por siempre la ira, pues se complace en la misericordia. Volverá a compadecerse y extinguirá nuestras culpas.

Sal 102,1-4.9-12. El Señor es compasivo y misericordioso. Como se levanta el cielo sobre la tierra, se levanta su bondad sobre sus fieles.

Lc 15,1-3.11-32. El hijo pródigo volvió a la casa paterna reconociendo que había pecado contra el cielo y contra su padre.

DOMINGO TERCERO DE CUARESMA

Ciclo A

Ex 17,3-7. Danos agua de beber.

Sal 94,1-2.6-9. Ojalá escuchéis hoy la voz del Señor: "No endurezcáis vuestro corazón".

Rm 5,1-2.5-8. El amor de Dios ha sido derramado en nosotros con el Espíritu Santo que se nos ha dado.

Jn 4,5-42. Un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna.

Hoy comienza la segunda serie de domingos cuaresmales. Su característica es catecumenal y prepara a los sacramentos de la iniciación cristiana en la Vigilia Pascual. No sólo existe un agua que sacia la sed en el desierto y evita la muerte (1 Lect.). Existe también un agua que da la vida eterna: Cristo (Ev.). La vida que nos da Cristo es la justificación por la fe y la esperanza (2 Lect.).

Ciclo C

Ex 3,1-8a.13-15. "Yo soy, me envía a vosotros".

Sal 102. El Señor es compasivo y misericordioso.

1 Co 10,1-6.10-12. La vida del pueblo con Moisés en el desierto se escribió para escarmiento nuestro.

Lc 13,1-9. Si no os convertís, todos pereceréis de la misma manera.

Las lecturas de hoy presentan una triple conversión: Moisés, después de su experiencia del encuentro con Dios, cambia de vida para liberar a su pueblo: conversión liberadora (1 Lect.). Pablo recomienda a los corintios: que se comporten cristianamente, la



conversión por el ejemplo (2 Lect.). Jesús invita a comprender los signos para estar atentos a la conversión y no perecer (Ev.).

LUNES DE LA TERCERA SEMANA

SAN JOSÉ, ESPOSO DE LA VIRGEN MARÍA

2S 7,4-5a.12-14a.16. El Señor Dios le dará el trono de David su padre.

Sal 88 2-5.27.29. Su linaje será perpetuo.

Rm 4,13.16-18.22. Apoyado en la esperanza, creyó, contra toda esperanza.

Mt 1,16.18-21.24a. José hizo lo que le había mandado el ángel del Señor.

bien:

Lc 2,41-51a. Mira que tu padre y yo te buscábamos angustiados.

La solemnidad de San José en el interior de la Cuaresma, lejos de ser un obstáculo, ayuda a encontrar un modelo de respuesta generosa a la llamada de Dios. José es semejante a Abrahán en su fe incondicional. Hombre justo y fiel a quien Dios quiso escoger para ponerlo al frente de su familia, creyó contra toda esperanza y en silencio cumplió la voluntad de Dios.

LUNES DE LA TERCERA SEMANA

Desconfiar de los privilegios y abrirse a la universalidad de la salvación

2 R 5,1-15a. La curación de un extranjero: Naamán. Muchos leprosos había en Israel, sin embargo, ninguno de ellos fue curado, más que Naamán, el sirio.

Sal 41,2-3; 42,3-4. Mi alma tiene sed del Dios vivo. ¿Cuándo veré el rostro de Dios? Envía tu luz y tu verdad: que ellas me conduzcan hasta tu monte santo.

Lc 4,24-30. Jesús, igual que Elías y Eliseo, no ha sido enviado, únicamente a los judíos.

MARTES DE LA TERCERA SEMANA

La compasión de Dios invita a perdonar

Dn 3,25.34-43. Por el honor de tu nombre, no nos desampares para siempre. Tráтанos según tu piedad.



Reflexiones Católicas.

Sal 24,4-9. Señor, recuerda tu misericordia.

Mt 18,21-35. El Señor tuvo lástima de aquel empleado. Pero éste no perdonó a su compañero. Lo mismo hará con vosotros el Padre del cielo, si cada cual no perdona de corazón a su hermano.

MIÉRCOLES DE LA TERCERA SEMANA

Recordar la ley de Dios y observarla

Dt 4,1.5-9. Moisés habló al pueblo diciendo: Escucha los mandatos y decretos que yo os mando cumplir.

Sal 147,12-16.19-20. Glorifica al Señor, Jerusalén. Anuncia su palabra a Jacob, sus decretos y mandatos a Israel.

Mt 5,17-19. Quien cumpla y enseñe los preceptos del Señor será grande en el reino de los cielos.

JUEVES DE LA TERCERA SEMANA

Vigilar para no cerrarse a la salvación

Jr 7,23-28. El pueblo no escuchó ni prestó oído al Señor, caminaba según sus ideas. Endurecieron la cerviz.

Sal 94,1-2.6-9. Ojalá escuchéis hoy la voz del Señor: "No endurezcáis vuestro corazón".

Lc 11,14-23. Vigilar porque el Reino de Dios ha llegado. El que no está conmigo está contra mí; el que no recoge conmigo, desparrama.

VIERNES DE LA TERCERA SEMANA

Amar a Dios sobre todas las cosas

Os 14,2-10. No volveremos a llamar Dios a la obra de nuestras manos.

Sal 80,6c-11.14-17. Yo soy el Señor, Dios tuyo: escucha mi voz.

Mc 12,28b-34. El Señor, nuestro Dios, es el único Señor y lo amarás.

SÁBADO DE LA TERCERA SEMANA

Presentar al Señor un corazón humillado como sacrificio

Os 6,1b-6. El Señor no quiere sacrificios ni holocausto, sino misericordia y conocimiento de Él.



Reflexiones Católicas.

Sal 50,3-4.18-21. Quiero misericordia, y no sacrificios. Los sacrificios no te satisfacen. Mi sacrificio es un espíritu quebrantado; un corazón quebranta humillado, tú no lo desprecias.

Lc 18,9-14. La oración autojustificante del fariseo en el templo. Oración justificadora del publicano humillado ante el Señor.

DOMINGO CUARTO DE CUARESMA

Ciclo A

1 S 16,1b.6-7.10-13a. David es ungido rey de Israel.

Sal 22,1-6. El Señor es mi pastor, nada me falta.

Ef 5,8-14. Levántate de entre los muertos y Cristo será tu luz.

Jn 9,1-41. Fue, se lavó y volvió con vista.

El domingo pasado se centraba en el agua, el presente en el signo de la luz. El cristiano está llamado a la luz, a la luz de la fe. Dios ilumina al profeta para ungir al escogido. David descubre su misión (1 Lect.). La luz pone al descubierto las cosas. La luz pide permanecer en un comportamiento de vida (2 Lect.) El que cree y confía en la Palabra de Jesús llega a la luz (Ev.).

Ciclo C

Jos 5,9a.10-12. El pueblo de Dios celebra la pascua al entrar en la tierra prometida.

Sal 33. Gustad y ved qué bueno es el Señor.

2Co 5,17-21. Dios, por medio de Cristo, nos reconcilió consigo.

Lc 15,1-3.11-32. Este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido.

El amor de Dios Padre se manifiesta dando una patria al pueblo de Israel, y una personalidad nueva en Cristo que reconcilia (2 L . el hombre, en cambio, celebra el don de Dios (1 Lect.), reconoce su pecado y vuelve arrepentido a los brazos del Padre (Ev.). Reconoce también que la iniciativa de la reconciliación viene de Dios por medio de Cristo reconciliador (2 Lect.).

LUNES DE LA CUARTA SEMANA

Acoger la vida

Is 65,17-21. El Señor creará un cielo nuevo y una tierra nueva. Transformará a Jerusalén en alegría y no se oirán en ella gemidos ni llantos.



Reflexiones Católicas.

Sal 29,2-6.11-1 3b. Te ensalzaré, Señor, porque me has librado. Señor, sacaste mi vida del abismo, me hiciste revivir cuando bajaba a la fosa.

Jn. 4,43-54. Curación del hijo del funcionario real de Cafarnaún. Y creyó él con toda su familia.

MARTES DE LA CUARTA SEMANA

Recordar el agua vivificante y curante

Ez 47,1-9.12. El agua recorre el templo y desemboca en el mar saneándolo.

Sal 45,2-3.5-6.8-9. El Señor de los ejércitos está con nosotros, nuestro alcázar es el Dios de Jacob. El correr de las acequias alegra la ciudad de Dios, el Altísimo consagra su morada.

Jn 5,1-3.5-16. El agua que sana de la piscina de Betesda. Cristo cura al enfermo en sábado.

MIÉRCOLES DE LA CUARTA SEMANA

Escuchar al Hijo y creer en el Padre es obtener la luz y la vida.

Is 49 8-15. El Señor dice: En tiempo de gracia te he respondido, en día propicio te he auxiliado; para decir a los cautivos: "Salid", a los que están en tinieblas: "Venid a la luz".

Sal 144,8-9.13-18. El Señor es clemente y misericordioso. Cerca está el Señor de los que lo invocan, de los que lo invocan sinceramente.

Jn 5,17-30. Quien escucha la palabra del Hijo y cree en el Padre ha pasado ya de la muerte a la vida.

JUEVES DE LA CUARTA SEMANA

Arrepentirse de los pecados.

Ex 32,7-14. Arrepiéntete de la amenaza contra el pueblo.

Sal 105,19-23. Acuérdate de mi, Señor, por amor a tu pueblo.



Reflexiones Católicas.

Jn 5,31-47. Hay uno que os acusa: Moisés, en quien tenéis vuestra esperanza.

VIERNES DE LA CUARTA SEMANA

La Cuaresma: Elegir el campo: el del justo perseguido o el de los perseguidores.

Sb 2,1a.12-22: El impío maquina eliminar al justo porque sus palabras y acciones son incómodas.

Sal 33,17-23. El Señor está cerca de los atribulados. Aunque el justo sufra muchos males, de todos los librará el Señor.

Jn 7,1-2.10.25-30. Intentan agarrar a Jesús, el Justo, para matarlo, pero nadie le pudo echar mano, porque todavía no había llegado su hora.

SÁBADO DE LA CUARTA SEMANA

¿Qué decimos de Jesús?

Jr 11,18-20. El profeta Jeremías habla del Mesías: cordero llevado al matadero.

Sal 7,2-3,9-12. Señor, Dios mío, a ti me acojo. Cese la maldad de los culpables, y apoya tú al inocente, tú que sondeas el corazón y las entrañas, tú, el Dios justo.

Jn 7,40-53. El pueblo se pregunta quién es Jesús. ¿Es que de Galilea va a venir el Mesías?

DOMINGO QUINTO DE CUARESMA

Ciclo A

Ez 37,12-14. Os infundiré mi espíritu y viviréis.

Sal 129,1-4.6-8. Del Señor viene la misericordia, la redención copiosa.

Rm 8,8-11. El Espíritu del que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros.

Jn 11,1-45. Yo soy la resurrección y la vida.

En el contexto litúrgico cuaresmal la resurrección de Lázaro, además de ser anuncio y signo de la Pascua del



Reflexiones Católicas.

Señor, presenta también una dimensión bautismal. A veces nos cuesta creer en las palabras claves de este domingo: "Yo soy la resurrección y la vida". Son la raíz de nuestra fe y esperanza. Ezequiel, con la imagen de la reanimación, anuncia la reconstrucción de Israel y proclama una vida nueva para el pueblo (1 Lect.). Cristo restituye a Lázaro a la vida (Ev). La resurrección de Lázaro es anticipo de la resurrección de Cristo y de todos aquellos en los que habita el Espíritu (2 Lect.).

Ciclo C

Is 43,16-21. Mirad que realizo algo nuevo y apagaré la sed de mi pueblo.

Sal 125. El Señor ha estado grande con nosotros y estamos alegres.

Flp 3,8-14. Por Cristo lo perdí todo, muriendo su misma muerte.

Jn 8,1-11. El que esté sin pecado que tire la primera piedra.

Dios dispuesto siempre a dar al hombre un futuro nuevo, liberándolo de las esclavitudes (1 Lect.). Cada uno descubre su propia condición de pecador cuando se encuentra con Cristo que perdona y libera de la muerte (Ev.). Por este motivo, delante de aquel que salva, todo lo demás es considerado insignificante (2 lect.).

LUNES DE LA QUINTA SEMANA

Dios salva, no condena

Dn 13,1-9.15-17.19-30.33-62. La historia de Susana. Dios salva a los que esperan en él.

Sal 22,1-6. Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo porque tú vas conmigo. Tu bondad y tu misericordia me acompañan todos los días de mi vida.

Jn 8,1-11. La mujer adúltera. Jesús no la condenó. Anda, y en adelante no peques más.



MARTES DE LA QUINTA SEMANA

Mirar al Crucificado es vivir

Nm 21,4-9. Cuando un hebreo era mordido por una serpiente, si miraba la serpiente de bronce se curaba

Sal 101,2-3.16-21. Señor, escucha mi oración, que mi grito llegue hasta ti. El Señor ha mirado desde el cielo para escuchar los gemidos de los cautivos y librar a los condenados a muerte.

Jn 8,21-30. Cuando sea levantado el Hijo del hombre, sabréis quién es. Si no creéis moriréis por vuestros pecados.

MIÉRCOLES DE LA QUINTA SEMANA

La fidelidad libera

Dn 3,14-20.91-92.95. Historia de los tres jóvenes en el horno. Dios premia su fidelidad librándoles de las llamas.

Sal Dn 3,52-56. A ti gloria y alabanza por los siglos. Bendito eres, Señor, Dios de nuestros padres, bendito tu nombre santo y glorioso.

Jn 8,31-42. Si os mantenéis en mi palabra, dice Jesús, seréis de verdad discípulos míos; conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.

JUEVES DE LA QUINTA SEMANA

La Cuaresma: Guardar la Palabra es no conocer la muerte.

Gn 17,3-9. Te llamarás Abrahán, porque te hago padre de muchedumbre de pueblos.

Sal 104,4-9. El Señor se acuerda de su alianza eternamente, de la palabra dada, por mil generaciones; de la alianza sellada con Abrahán.

Jn 8,51-59. Quien guarde mi palabra no conocerá lo que es morir para siempre, dice Jesús. ¿Eres tú más que nuestro padre Abrahán, que murió?



VIERNES DE LA QUINTA SEMANA

El Señor está con nosotros.

Jr 20,10-13. Oía el cuchicheo de la gente, dice el profeta, pero el Señor está conmigo, como fuerte soldado.

Sal 17,2-7. En el peligro invoqué al Señor, y me escuchó. Invoco al Señor de mi alabanza y quedo libre de mis enemigos.

Jn 10,31-42. Quieren apedrear a Jesús, porque dice que es Dios. El Padre está en él y él en el Padre.

SÁBADO DE LA QUINTA SEMANA

Subir con Jesús a Jerusalén para reunir a todos los hombres

Ez 37,21-28. Yo voy a recoger a los israelitas, dice el Señor, por las naciones adonde marcharon, voy a congregarlos de todas partes y los voy a repatriar.

Sal Jr 31,10-13. El Señor nos guardará como un pastor a su rebaño. El que dispersó a Israel lo reunirá.

Jn 11,45-57. Jesús debía morir por la nación, y no sólo por la nación, sino también para reunir a los hijos de Dios dispersos.

LA ANUNCIACIÓN DEL SEÑOR

Is 7,10-14;8,10. Mirad la Virgen está encinta.

Sal 39,7-11. Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad.

Hb 10,4-10. Está escrito en el libro: "Aquí estoy, ioh Dios!, para hacer tu voluntad".

Lc 1, 26-38. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo.

2.-CUARESMA-ESCRUTINIOS

REDDITIO



Reflexiones Católicas.

En la antigua Iglesia, la solemnidad litúrgica de hoy estaba muy particularmente dedicada a los neófitos. A la reiterada traditio de las semanas anteriores respondían ellos hoy con su redditio, o sea, la profesión, el devolver a la Iglesia lo que de ella han ido recibiendo en concepto de enseñanza. Este sagrado depósito de doctrina los catecúmenos tenían que conservarlo escrito y guardado en su corazón, evitando así toda profanación de cosa tan sagrada. Hoy, no obstante, lo exteriorizaban por vez primera y con toda solemnidad ante la asamblea de los fieles reunidos, los cuales estaban ya iniciados en los sagrados arcanos.

Los catecúmenos hacían así profesión de una nueva ley de vida que debía formar y modelar en adelante su nueva existencia de cristianos, fundada en el Bautismo. Se encuentran en el umbral de esta nueva vida divina, les falta muy poco para el Bautismo, y están dispuestos a saltar las fronteras para comenzar, más allá del límite puesto por el pecado y salvado por la cruz de Cristo, a vivir de esta nueva vida según la ley de Dios. (...) Y esta ley de Dios, que estaba escrita en sus corazones, les viene repetida en la epístola, tomada del Levítico y que hacía resonar al oído de su corazón el trueno del Sinaí, haciendo que penetrase en lo más íntimo de su ser. En esta lectura lo que impresiona no son tanto los preceptos en sí como el testimonio que Dios da de sí mismo por seis veces, subrayando cada vez las órdenes que da: Ego Dominus!, Ego Dominus Deus vester!, "¡Yo, Yo soy Yahvé, vuestro Dios!" (Lv 19, 2. 12. 14. 16. 18. 25.). Es la poderosa expresión de la unicidad de Dios y de sus reivindicaciones absolutas. Ahora se erige en todo su poder, para volver a tomar posesión de una nueva parte de la vida, de una porción mayor de la creación, obra de sus manos, pero arrancada a El por el pecado. Como en la traditio del miércoles de la tercera semana de Cuaresma, arde y resuena otra vez el temor de Dios en los corazones de aquellos que están franqueando el paso.

TRADITIO: MIÉRCOLES DE LA TERCERA SEMANA DE CUARESMA



Reflexiones Católicas.

¡Cierra tu puerta! Con estas palabras concluía el comentario a la Misa de ayer. Hoy, ya desde el amanecer, oímos la antífona del Benedictus de laudes que nos exhorta, hablando el mismo Cristo por boca de su Iglesia: "¡Oíd y comprended la tradición!" (Mt 15, 10). Esto confiere al día de hoy un programa radicalmente distinto del de ayer. Hoy se nos habla de una traditio, una tradición o, por mejor traducirlo, una entrega. Pues "tradere" -de trans y dare-, es transmitir, desasirse de algo de modo que vaya a parar por completo a manos del que lo recibe. Así, el tradere de hoy parece en la mayor contradicción con el claudere de ayer y, sin embargo, ambos son un mandato del Señor, una ley que da a su iglesia: "¡Claude, cierra!".. "¡Trade, entrega!".

De hecho, empero, no implica contradicción alguna. Claude significa que cierre la puerta para que no entren los infieles, los impíos, los blasfemos; "no déis las cosas santas a los perros y no echéis a los puercos vuestras perlas" (Mt 7, 6). Mientras que trade significa que entregue a sus hijos, los que ella misma ha recibido del Señor: "Yo he recibido del Señor lo que os transmito" (1Co/11/23), dice el Apóstol.

Ya los cultos místéricos de los gentiles conocían tales claudere y tradere. Se cerraban para preservarse de los no iniciados en el misterio, y no tan sólo cerraban las puertas de sus templos, sino incluso las de su corazón, esto es, los labios. Por otra parte, sólo se abrían estas puertas a los iniciados para entregarles y transmitirles los secretos de su arcano y sus prácticas. Los iniciados, en nuestra santa Iglesia católica son los bautizados. A ellos es a quienes se transmite lo que la Iglesia ha recibido de Dios por medio de Jesucristo, esto es, la Sagrada Escritura, la tradición oral de la fe, los Sacramentos y los misterios de la santa misa. En la antigüedad, la Iglesia era tan severa y rigurosa en el claudere, que a los fieles no se les iniciaba en los misterios más profundos hasta después del Bautismo; a los catecúmenos sólo se les instruía en la fe y en las Escrituras.

Tal instrucción fue el origen de la traditio solemne que se verificaba en la Cuaresma. Actualmente apenas si podemos hacernos cargo de lo que era aquella traditio, porque hoy



Reflexiones Católicas.

cualquier persona puede entrar libremente en una librería y adquirir un catecismo u otros libros sobre el dogma, obras litúrgicas o las más variadas ediciones de la biblia. Puede también, tanto si es creyente como incrédulo, lo mismo si está bautizado que si no lo está, enterarse cuanto guste sobre la fe y la liturgia de la Iglesia. Por eso ha sido que los fieles pierden con tanta facilidad el sentido de aquello que es "totalmente aparte", de lo que la revelación tiene de único en su género y de celestial. Los que no creen, estudian en un plano de igualdad todas las religiones y filosofías, comparando así aquella religión, la nuestra, que no admite comparación con nada.

No hay que olvidar que la religión cristiana es revelación, comunicación viva y personal de lo que en Dios está oculto eternamente, hecha mediante su Hijo encarnado. Es la revelación que un Dios personal hace de sí mismo y como tal no es comunicación de una doctrina ni de un sistema filosófico, sino de vida, la vida interna de Dios; en una palabra, es una "generación". Ya las antiguas escuelas filosóficas y la misma Academia de Platón entreveían algo de este engendrar en virtud de la palabra; el auténtico maestro, por la palabra de su doctrina se engendra un hijo en su discípulo, le comunica algo de su propia vida. En un sentido mucho más propio ya, en las religiones de misterios existía un mistagogo o iniciador de los postulantes, el cual era considerado como un verdadero padre de los iniciados... Todos estos anhelos de verdad se vieron colmados en Cristo. Cristo es, en efecto, la Palabra viviente, el Verbo del Padre por el cual han sido hechas todas las cosas. Por esta razón, cada una de las palabras que pronunciaron sus labios humanos, tiene fuerza de creación y generación. "Las palabras que yo os he hablado, dice, son espíritu y vida" (Jn 6, 64). Y Pedro confiesa poco después, cuando ya comenzaba a ser iniciado: "Tú tienes palabras de vida (Jn 6, 69), y hemos creído y confesamos que Tú eres Cristo, el Hijo de Dios" (Jn 6, 70). Aquí está la clave de todo: Cristo, su Persona, es la Palabra de Dios, es el Verbo por el que Dios se comunica, se da a los hombres, se abandona a ellos, se les trasmite en virtud de su amor



Reflexiones Católicas.

infinito y sin importarle nada en qué venga a parar esta entrega. Toda la tradición cristiana depende de esta primera y única traditio, de este ponerse Dios en manos de los hombres por medio de Cristo. La tradición cristiana es comunicación de vida, es un engendrar por parte de Dios, lo mismo que era "palabra de Dios" (1 Jn 1, 1) aquella tradición primera, aquel primer mensaje de Cristo.

En la primera epístola de San Juan hallamos la incomparable expresión de lo que es la tradición cristiana en el pleno sentido de la palabra, de lo que tendría que ser: "Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que han palpado nuestras manos referente al Verbo de vida -pues la Vida se ha manifestado y nosotros lo hemos podido contemplar y ahora damos testimonio y os anunciamos esta Vida eterna que estaba en el Padre y se manifestó-, todo lo que hemos, pues, contemplado y oído, os la anunciamos a fin de que estéis en comunión con nosotros y la comunión de todos sea con el Padre y con su Hijo Jesucristo" (1 Jn 1, 1-3). Debemos tener siempre presente este fragmento de San Juan, si queremos llegar a comprender el carácter de la liturgia de hoy. Hoy se tenía el primer escrutinio de los catecúmenos; era empezar la transmisión de la fe a los que iban a ser bautizados. Ocho días después, en el solemne escrutinio del miércoles que sigue al domingo Lactare, esta traditio alcanzaba su punto culminante con la entrega solemne de los Evangelios, la profesión de fe y el Padrenuestro.

Pero todo esto no recibía el sello definitivo hasta la noche pascual, en la que se verificaba la iniciación en los santos misterios: el Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía. La traditio era entonces ya llegada a su término, pues comprendía los dos elementos: la enseñanza y el sacramento. Su principio, sin embargo, había sido en la enseñanza; en esto la Iglesia siguió el ejemplo del Señor. Cristo había dado al mundo, en primer lugar, el Evangelio, un Evangelio vivo y personal, El mismo. No fue sino al fin de su vida cuando, la noche antes de su pasión, transmitió a los doce apóstoles el misterio de su sacrificio eterno.



Reflexiones Católicas.

Así pues, la Iglesia primero enseñaba a los recién convertidos la fe y la oración cristiana, la vida y el proceder cristiano y, una vez probada su fidelidad y constancia en estas cosas de menor importancia, les confiaba lo más capital, los iniciaba en los misterios y les infundía, al hacerlos cristianos, la fuerza necesaria para perseverar en la fe hasta el martirio y la muerte.

La traditio iba, por consiguiente, por grados y los escrutinios no eran sino días de examen, para ver hasta qué punto la traditio iba pasando a ser vida y cosa propia en los nuevos fieles. Eran como escalones en el "camino de la vida" (Sal 15, 10; comunión), que terminaba en la noche de Pascua, en la fuente vital del Bautismo.

La Iglesia tenía interés en que los recién convertidos comprendiesen de esta suerte la instrucción que precedía al Bautismo. Por eso, hoy, en el primer escrutinio, les exhorta: "¡Oíd y comprended la tradición!" Entendedla, comprendedla como palabra de vida divina que cae en vosotros cual semilla y engendra un primer germen de vida celestial, la cual va a nacer del todo en el seno maternal de las aguas bautismales. El íntimo convencimiento de que cada palabra de santa tradición es vida divina y engendradora de esta vida, se expresa paladinamente en todos los cánticos de la Misa. Los salmos del introito, del ofertorio y de la comunión son claras acciones de gracias por la misericordia de Dios, que con amor vivificador, Pneuma y Verbo, Espíritu y Palabra de Dios, toca al difunto y lo vuelve a la vida. "Pero yo -habla el salmista en contraposición a los adoradores de los ídolos- esperaré en Dios, me gozaré en sus misericordias y me alegraré. ¡Señor, Tú has visto mi humildad!" (Sal 30, 7-8; introito), "¡Haz que sean conmigo tus misericordias! Pues tu compasión es llena de amor" (Sal 108, 21; ofertorio). "Me has mostrado el camino de la vida, ¡tu rostro me colmará de alegría!" (Sal 15, 10; comunión).

En cambio, la epístola y el gradual que la siguen, aparecen con un carácter totalmente diverso (Ex 20, 12-24 y Sal 6,



Reflexiones Católicas.

3-4). Antes se leía en este lugar la lección de Ezequiel del miércoles próximo.

Esta lección parece mucho más adecuada. Sin embargo, la lección de hoy, tomada del Éxodo, tiene su sentido, y muy profundo, encuadrada dentro del marco de la Misa presente. Precisamente debido a dicha lección, el mensaje de vida de la Misa de hoy adquiere un acento mucho más penetrante. Habla también de la tradición, de la gran tradición del Antiguo Testamento, es decir, de la entrega de los diez mandamientos en el Sinaí. Esta entrega es la que el Señor, en el Evangelio, recuerda a los fariseos. Les dice: "Oíd y comprended lo que os ha sido dado" (Mt 15, 1-20).

Esta tradición también fue un comienzo de vida. Así lo juzga la Iglesia hoy cuando lee dichas palabras. Los mandamientos del Sinaí iban a ser el inicio de la revelación de Dios; el "temor de Dios" (Ex 20, 20; epístola), primero debía caer en "almas y oídos incircuncisos" (Hch 7, 51) y hacerlos así capaces de recibir la revelación cristiana, más elevada, de la misericordia y del amor divino.

Igual que la humanidad entera, pues, todo hombre que deja el paganismo y se convierte del servicio de los dioses y del pecado, tiene que prepararse lentamente para la recepción de la altísima tradición cristiana. De aquí que no carezca de importancia el recuerdo de la entrega de los mandamientos del Antiguo Testamento; sí, era importante para aquellos que optaban a la iniciación en los misterios de la religión cristiana. Porque tan sólo el que ya está iniciado en los mandamientos de Dios, puede recibir la iniciación en los divinos misterios; es la misteriosa conjunción de temor y amor, de moral y mística, de vida y mandamientos, conjunción que la Iglesia no cesa de indicarnos, muy en especial en este tiempo de Cuaresma.

El "temor de Dios" abre "la senda de la vida". "Si quieres tener la vida eterna, guarda los mandamientos"(Ritual Romano; Bautismo de Adultos), dice la Iglesia hoy a los neófitos. Únicamente por el cumplimiento de los mandamientos se llega a las cimas de la santa tradición, donde reina el amor como exclusivo mandamiento.



Reflexiones Católicas.

Referente a eso canta la Iglesia: "Tus mandamientos no tiene límite alguno" (Sal 118, 96). Este único y gran mandamiento, que el Hijo recibe del corazón del Padre, en la ciencia y felicidad mutuas de la intimidad divina, representa hoy para la Iglesia la cumbre de la perfección, la suma de toda su tradición, el "camino de la vida", que anuncia entusiásticamente el salmo de la comunión por el que "los corazones corren con inefable dulzura" (Regla de S. Benito. Prólogo); es el camino de Cristo, por el que Él sube todos los días, a la vista de su Iglesia, en la presencia real del misterio de su muerte y resurrección.

Es el camino que hace El recorrer a la Iglesia a una consigo, asociada místicamente a su sacrificio, por la obediencia hasta la muerte, hasta llegar a la vida divina con el Padre. El sentido de la Misa de los escrutinios, en la Iglesia de hoy día, no es otro que el de volvernos a poner sobre este camino, recomendándonos el "temor de Dios", cuando el pecado nos había desviado de él. Esto quiere inculcarnos hoy la Iglesia, ahora que ya no tiene catecúmenos que instruir. Notemos, además, que la epístola de hoy, en la que aparentemente no domina nada más que el temor de Dios y en la que no se adivina sino tan sólo un inicio de la "tradición" y del camino de la vida, con todo, alude discretamente a las cimas místicas a las que dicho camino apunta. En efecto, dicese en ella: "Levantaréis un altar de tierra, sobre el cual me vais a ofrecer holocaustos y hostias pacíficas" (Ex/20/24; epístola).

Esta frase profética la comprendían los catecúmenos cuando la tradición que hoy comenzaba recibía su punto final en la noche pascual con la iniciación en los misterios. Reconocían, y también hoy nosotros, que la plenitud de todos los mandamientos y el término de la ley se encuentra en Cristo. Cristo, sobre un "altar de tierra", o sea, sobre su cuerpo humano, ha ofrecido a Dios el holocausto de la obediencia perfecta, dándose sin reservas al Padre, llevado de su amor. Y lo ha hecho para reconciliarnos con el Padre, cosa que nosotros no habríamos podido jamás conseguir. Por tanto, para quien recibe, lleno del temor de Dios, la



Reflexiones Católicas.

santa tradición, este inicio le implica ya el término: el misterio.

TRADITIO

-Las "tradiciones"

Durante la celebración de estos domingos y de las semanas de Cuaresma, la Iglesia organizará progresivamente lo que se denominó "tradición del símbolo, tradición del Padrenuestro, tradición de los evangelios". Se trataba de celebraciones en las que se instruía a los catecúmenos acerca del credo, del Padrenuestro y de los evangelios, leyéndoles los textos y comentándoselos. El actual ritual de adultos ha recogido este uso simplificándolo. Es interesante dar aquí los textos de estas celebraciones antiguas.

-Tradición del símbolo

"Aquí empieza la introducción al Símbolo a intención de los "elegidos". Antes de recitar el Símbolo, hacer la presente exposición: Queridos hijos, vais a recibir los signos sacramentales del bautismo y a ser regenerados como nuevas criaturas del Espíritu Santo. Acoged de todo corazón la fe que os va a justificar, vosotros que creéis.

Transformada el alma por una verdadera conversión, acercaos a Dios que ilumina nuestras almas. Recibid el sacramento del Símbolo evangélico. Está inspirado por el Señor e instituido por los Apóstoles. Son unas fórmulas breves, pero contienen grandes misterios. Porque el Espíritu Santo, que es quien las inspiró a los Jefes de la Iglesia en un lenguaje así y con esa concisión, ha establecido esta carta de la fe que nos salva. Y así, lo que debéis creer y profesar siempre, no podrá ni escapar a vuestra inteligencia ni abrumar vuestra memoria. Aplicad, pues, vuestro espíritu al estudio de este Símbolo, y esto que os transmitimos tal como nosotros lo recibimos, inscribidlo no en cualquier materia corruptible sino en las páginas de vuestro corazón. Este es el motivo por el que la confesión de fe que habéis recibido empieza con este exordio.



Reflexiones Católicas.

Cuando un ayudante, que ha puesto la mano sobre la cabeza del catecúmeno, termina de cantar el símbolo, el sacerdote prosigue: Este es el resumen de nuestra fe, queridos hijos, éstas las fórmulas del Símbolo. No son fruto del lenguaje de la sabiduría humana, sino que están dispuestas según una doctrina infalible. Que no haya nadie incapaz, que nadie sea inepto para entenderlas y guardarlas. Allí se declara el igual poder de Dios Padre y de Dios Hijo. Se atestigua que el Hijo único de Dios nació, según la carne, de la Virgen María y del Espíritu Santo. Se proclama su crucifixión, su sepultura y su resurrección al tercer día. Se reconoce que subió a los cielos y que está sentado a la derecha de la majestad del Padre. Se anuncia que vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos. Se admite que el Espíritu Santo es inseparable en la misma divinidad que el Padre y el Hijo. Se enseña, en fin, la convocatoria que hace la Iglesia, la remisión de los pecados y la resurrección de la carne.

Y así, queridos míos, del viejo hombre que erais, veos ahora recreados en hombre nuevo; de carnales, en espirituales; de terrestres, en celestes. Con fe firme y segura creed que la resurrección realizada en Cristo ha de cumplirse también en todos nosotros y que acaecerá a todo el cuerpo lo que ha acontecido ya en la cabeza. En efecto, el sacramento del bautismo qué vais a recibir prefigura esta esperanza. Porque en él se celebra una muerte y una resurrección. Se despoja uno del hombre viejo para revestirse del nuevo. Es un pecador el que entra en el agua, un justificado el que sale de ella. Se rechaza al que nos condujo a la muerte, se recibe a quien nos ha restablecido en la vida, aquel cuya gracia os concede ser hijos de Dios, dados a la luz no por voluntad del hombre, sino engendrados por el poder del Espíritu Santo. Este es el motivo por el que debéis aficionaros a esta plenitud expresada de forma tan concisa. Así podréis en todo tiempo utilizar el apoyo de esta confesión. Porque el poder de tales armas es siempre invencible, útil para el buen servicio de Cristo contra todas las astucias del enemigo. Que el demonio, que no cesa de tentar al hombre, os encuentre



Reflexiones Católicas.

siempre defendidos por este Símbolo. De esta forma, después de haber vencido al adversario al que renunciáis, protegidos por el mismo a quien confesáis, conservaréis hasta el fin, intacta y sin mancha, la gracia del Señor. Y así, en aquel de quien recibís el perdón de vuestros pecados, poseeréis la gloria de la resurrección.

Queridos míos, ya conocéis este Símbolo de la fe católica que acaba de ser proclamado ante vosotros. Ahora id, mantened la enseñanza que habéis recibido, sin cambiarla en una sola palabra. Porque poderosa es la misericordia del Señor; que ella guíe vuestra carrera hacia la fe bautismal. Y a nosotros, que os transmitimos los misterios, que nos haga llegar con vosotros al Reino del Cielo. Por el mismo Jesucristo nuestro Señor que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

-Tradición del Padrenuestro:

"Introducción a la oración del Señor. El diácono dirige una monición a los elegidos, como más arriba. Nuestro Señor y Salvador Jesucristo, entre otras instrucciones salvadoras, dejó a sus discípulos que le preguntaban cómo debían orar, esta fórmula de oración que la presente lectura acaba de haceros conocer mejor. Escuchad ahora con amor cómo enseña a sus discípulos a orar a Dios Padre Todopoderoso: "En cuanto a ti, cuando ores retírate a tu habitación y a puerta cerrada ora a tu Padre". La palabra habitación que usa, no designa un lugar escondido, sino que recuerda que los secretos de nuestro corazón no son accesibles más que a él ss1o. Adorar a Dios a puerta cerrada significa cerrar nuestro corazón como con una llave; hablar a Dios con boca cerrada, hacerlo con un alma pura. Nuestro Dios presta atención a la fe, no a las palabras. Que con la llave de la fe nuestro corazón quede, pues, cerrado a las traiciones del enemigo y abierto a Dios solo, del que sabe cada uno que es templo; así, el que habita en nuestros corazones nos asistirá él mismo en nuestras oraciones. Cristo nuestro Señor, Palabra de Dios y Sabiduría de Dios nos enseñó, pues, esta oración para orarla de esa manera. Después de esto, el sacerdote comenta el Padrenuestro:



Reflexiones Católicas.

Padre nuestro que estás en los cielos. Es este un grito de libertad, lleno de confianza. Por lo tanto, según estas palabras, tenéis que llevar una vida tal que podáis ser hijos de Dios y hermanos de Cristo. En efecto, ¿con qué temeridad se permite llamar a Dios Padre suyo el que se aparta de su voluntad? Por eso, queridos míos, mostraos dignos de la adopción divina, porque está escrito: "A cuantos creyeron en el, les dio el poder de ser hijos de Dios".

Santificado sea tu nombre. Esto no significa que Dios sea santificado por nuestras oraciones, el que es siempre santo. Sino que pedimos que su nombre sea santificado en nosotros para que, santificados en su bautismo, perseveremos en lo que hemos empezado a ser.

Que venga tu reino. En efecto, ¿cuándo no reina infinitamente nuestro Dios, cuyo reino es inmortal? Pero cuando decimos: "Que venga tu reino" es nuestro reino el que pedimos que venga, reino prometido por Dios, adquirido por la sangre y la pasión de Cristo.

Hágase tu voluntad. Es decir, que se cumpla tu voluntad en esto: que lo que tú quieres en el cielo podamos nosotros, habitantes de la tierra, cumplirlo de forma irreprochable.

El pan nuestro de cada día dánosle hoy. Debemos aquí entenderlo del alimento espiritual. Cristo, efectivamente, es nuestro pan, él que ha dicho: "Yo soy el pan vivo bajado del cielo". Lo llamamos de cada día porque debemos pedir siempre ser preservados del pecado para ser dignos de los alimentos del cielo.

Y perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Con este precepto se nos indica que no podemos merecer el perdón de nuestros pecados si primero no perdonamos a los que nos han ofendido. Como dice el Señor en el Evangelio: "Si vosotros no perdonáis sus pecados a los hombres, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras faltas".

Y no nos dejes caer en tentación. Es decir, no permitas que seamos inducidos a ella por el tentador, el autor de la



Reflexiones Católicas.

corrupción. La Escritura dice, en efecto: "Dios no induce al mal". Es el diablo el que es tentador; y para triunfar de él ha dicho el Señor: "Velad y orad para no caer en la tentación".

Más líbranos del mal. Dice esto por la palabra del Apóstol: "Vosotros no sabéis lo que es necesario pedir en vuestras oraciones". Tenemos que orar al único Dios Todopoderoso de tal forma que él se digne concedernos en su misericordia combatir todo aquello de lo que la debilidad humana no tiene la fuerza de guardarse ni de apartarse. El, Jesucristo, nuestro Señor, nuestro Dios, que vive y reina en la unidad del Espíritu Santo por los siglos de los siglos.

Del mismo modo, el diácono proclama: Permaneced en orden y en silencio. Escuchad atentamente: Habéis oído, queridos, los santos misterios de la oración del Señor. Ahora vais a marcharos; renovadlos en vuestros corazones a fin de que, perfectos en Cristo, podáis solicitar y obtener la misericordia de Dios. El Señor nuestro Dios tiene el poder de llevaros, a vosotros que corréis hacia la fe, hasta el baño del agua de la regeneración, y de hacernos llegar al reino del cielo a nosotros que os hemos transmitido el misterio de la fe católica. El, que vive y reina con Dios Padre en la unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos".

El ritual actual propone unas lecturas; cada tradición acaba con dos oraciones:

Al final de la tradición del símbolo:

Señor, invocamos tu constante benevolencia,
tú que eres fuente de luz y de verdad
en favor de tus siervos NN.
Purifícalos y santifícalos; concédeles el verdadero
conocimiento,
una esperanza sin desfallecimientos
y una doctrina santa
para que sean dignos de acercarse
a la gracia del bautismo.



Reflexiones Católicas.

Si queremos recordar el tema de las dos lecturas de la misa -renovación mediante el agua bautismal para quien sigue los mandatos del Señor-, si nos tomamos la molestia de volver a leer el evangelio, y particularmente el final de la perícopa, quedaremos sorprendidos de la unidad que existe entre esta misa y la Tradición del Símbolo. El final del evangelio es particularmente sugestivo; encontrando al ciego de nacimiento a quien él había curado y que había sido expulsado de la Sinagoga, Jesús le dice: "¿Tú crees en el Hijo del hombre? El respondió: ¿Y quién es, Señor, para que crea en él? Jesús le dijo: Le has visto, el que está hablando contigo, ése es. El entonces dijo: Creo, Señor". (Jn. 9, 35-38).

Se habrá notado el interrogatorio de Cristo y su afirmación: "Le has visto". Evidentemente, hay correspondencia entre la misa y el escrutinio de la "apertura" de los sentidos a la luz. Jesús había dicho al principio de este evangelio: "Yo soy la luz del mundo" (Jn. 9, 5) (7). Los catecúmenos ven despuntar esta luz y se encaminan hacia la plena iluminación.

La Tradición de la Oración dominical parece haber tenido lugar el sábado de la 4ª semana de Cuaresma. Las lecturas de este sábado llevan a esta conclusión. El nuevo ritual del bautismo de adultos ha recogido el uso de esta tradición del Padrenuestro adaptándola a nuestros tiempos. Hay una liturgia de la Palabra que precede al ritual de la "tradición" misma del Padrenuestro. Después, el diácono lee el evangelio de San Mateo (6,9-13) en el que Cristo enseña el Padrenuestro. Viene a continuación una homilía que explica la importancia y el significado de esta oración. Se concluye con una oración precedida de una monición:

Dios todopoderoso y eterno,
que fecundas incesantemente a tu Iglesia
con una generación nueva
aumenta la fe y el conocimiento de nuestros elegidos:
que, renacidos en las fuentes bautismales,
sean asociados al número de tus hijos de adopción
(Sacr. GEL., p. 66, nº 409).



Reflexiones Católicas.

-Tradición de los evangelios

Es una tradición más tardía que se hacía como sigue en la época del sacramentario Gelasiano: "Aquí comienza la exposición de los Evangelios a los elegidos para la apertura de los oídos.

Se acercan primero, viniendo de la Sacristía, cuatro diáconos llevando los cuatro Evangelios. Les preceden dos ciriales y dos turiferarios. Dejan los evangelios sobre los cuatro ángulos del altar. Antes de la lectura, hecha por uno de los diáconos, el sacerdote la prepara así: Queridos hijos, en el momento de abriros los Evangelios, es decir, la gesta divina, es preciso que os comuniquemos sucesivamente lo que es el Evangelio, de dónde viene, de quién son las palabras que en ellos se encuentran, por qué son cuatro los que han referido estos hechos y quiénes son esos cuatro que designó el Espíritu Santo, según lo había anunciado el profeta. Sin una exposición doctrinal, podría ocurrir que dejáramos alguna extrañeza en vuestros espíritus; y puesto que habéis venido para "abrir los oídos", no conviene que vuestro entendimiento quede embotado.

Evangelio, en sentido propio, quiere decir "buena noticia", es decir, la noticia de Jesucristo nuestro Señor. "Evangelio" viene de que éste anuncia y revela la venida en la carne de aquel que hablaba por los profetas, según está escrito: "Yo que hablaba, heme aquí". En el momento de explicar brevemente lo que es el Evangelio y cuáles son los cuatro que el profeta presentó antaño, asignemos su respectivo nombre a cada uno de los símbolos. El profeta Ezequiel dice, en efecto: "En cuanto a la forma de sus caras, era una cara de Hombre, y los cuatro tenían cara de León a la derecha, y los cuatro tenían cara de Toro y cara de Águila a su izquierda" (Ez. 1,10). Sin duda alguna, son los cuatro Evangelistas quienes tienen estas figuras. En cuanto a los nombres de los que escribieron los Evangelios, son: Mateo, Marcos, Lucas, Juan.



Reflexiones Católicas.

Un diácono proclama: Permaneced en silencio y escuchad con atención. Comienza entonces la lectura del principio del Evangelio según Mateo hasta: "Porque él salvará a su pueblo de sus pecados". Terminada la lectura, el sacerdote la comenta en estos términos: Queridos hijos, para no entreteneros ya mucho tiempo, expliquemos para vosotros cuál es el porqué de la figura que cada uno lleva y por qué Mateo tiene la figura de Hombre. Es porque al principio de su libro no trata de otra cosa más que del nacimiento del Salvador en el desarrollo de su genealogía. Comienza, en efecto, así: "Genealogía de Jesucristo, Hijo de David, Hijo de Abraham". Ya lo veis, no es sin razón el que se le atribuya el personaje del hombre, ya que es el nacimiento de un hombre lo que él cuenta al principio. Y no falta razón, como hemos dicho, en que se atribuya este símbolo a la persona de Mateo. Igualmente otro diácono proclama como antes: Permaneced en silencio y escuchad con atención. Lee entonces el comienzo del Evangelio según Marcos hasta: "Yo os bautizo con agua, pero él os bautizará con el Espíritu Santo". Y prosigue el sacerdote en estos términos: Marcos, el evangelista que lleva la figura de León, empieza por el desierto, diciendo: "Voz del que clama en el desierto". Porque allí reina invencible. Encontramos múltiples ejemplos de este León, por eso esta profecía no está vacía de sentido: "Judá, Hijo mío, cachorro de León; has crecido para mí desde tu nacimiento, duerme como un león, como un pequeño león, ¿quién le hará alzar?".

Un diácono hace la misma proclamación que anteriormente. Lee el principio del Evangelio según Lucas hasta: "Preparar al Señor un pueblo perfecto". Y el sacerdote prosigue en estos términos: Lucas el evangelista lleva los rasgos del Toro, a imagen del cual fue inmolado nuestro Salvador. Al querer referir el evangelio de Cristo, Lucas ha empezado por la historia de Zacarías y de Isabel que dieron a luz a Juan Bautista en su extrema vejez. A Lucas se le compara con el Toro porque pueden verse en él dos cuernos, los dos Testamentos, y, como en estado naciente, jóvenes y vigorosas, cuatro pezuñas, los cuatro evangelios.



Reflexiones Católicas.

Un diácono hace la misma proclamación que antes. Lee el principio del Evangelio según Juan hasta: "Lleno de gracia y de verdad". Prosigue el sacerdote en estos términos: En cuanto a Juan, se parece al Águila en que busca las grandes alturas. Dice, en efecto: "Al principio existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios". David dice de la persona de Cristo: "Tu juventud se renovará como la del Águila". Se trata de la juventud de Jesucristo nuestro Señor que, resucitando de entre los muertos, sube a los cielos. Por eso, después de haberos concebido, la Iglesia que os lleva en su seno se alegra de que la celebración de su culto se oriente hacia nuevos derroteros en la condición del cristiano. Que podáis así, cuando llegue el santo día de Pascua, renaciendo mediante el baño del bautismo, recibir, como todos los santos de Cristo nuestro Señor, el don incorruptible de la filiación. El, que vive y reina por los siglos de los siglos".

ESCRUTINIOS:

Los últimos retoques desde el Vaticano II

El Vaticano II ha devuelto a la Cuaresma sus dimensiones.

Fuera de la reconciliación de los penitentes del Jueves Santo, le ha restituido, al menos en el Ciclo A, las lecturas y el eucologio de los cinco domingos de Cuaresma tal como los conocíamos en su antigua celebración y se le ha unido, lo mismo que en el pasado, la preparación catecumenal.

La Iglesia nunca pensó que la preparación sólo intelectual y religiosa o doctrinal de sus catecúmenos pudiera bastar. Los esfuerzos de éstos por impregnarse en la enseñanza que recibían y por observar la ley moral no constituían aún más que una preparación imperfecta. Evidentemente es Dios mismo quien progresivamente debía preparar a los candidatos penetrándolos de su gracia. Los exorcismos sobre ellos practicados no tienen otra significación. Indudablemente su formulación va ligada de una manera a veces demasiado dramática a la expulsión del demonio. Pero sería erróneo considerar como centro único del exorcismo la expulsión del demonio; se trata de su fase



Reflexiones Católicas.

negativa y no hace sino hacer sitio a la luz de la fe. Estas celebraciones de exorcismos se denominaban "escrutinios", que no hay que confundir con una especie de interrogatorio acerca de la idoneidad doctrinal o moral de los candidatos. El ritual pre-bautismal de los escrutinios arrastra una teología importante que en buena parte se ha recuperado en el nuevo ritual del bautismo de adultos.

Hasta el comienzo del siglo VI se celebraban en Roma tres escrutinios dominicales que se escalonaban desde el 3.º Al 5.º Domingo de Cuaresma. Los cinco primeros domingos se habían organizado con vistas sobre todo al catecumenado, sin olvidar la revisión de vida para todos los cristianos. El 1er. domingo, que tenía como evangelio el de la Tentación de Cristo, estaba dedicado a la inscripción del nombre. El candidato se inscribía para la preparación catecumenal. Seguían a esta inscripción tres años de catecumenado antes de la preparación inmediata a los escrutinios de los tres domingos. Cuando, más adelante, el candidato formaba parte de una familia cristiana, sobre todo si era niño, la inscripción del nombre era, de hecho, la inscripción para la preparación al bautismo inmediato en la Noche de Pascua, que seguía a los escrutinios de los tres domingos y del sábado santo por la mañana. Puede preguntarse por qué, después de la inscripción hecha el primer domingo, no comenzaban los escrutinios inmediatamente el segundo domingo. La respuesta es sencilla. La celebración de las Cuatro Témperas se introdujo en la 1ª. Semana de Cuaresma. Ahora bien, el sábado de las Cuatro Témperas, que llevaba en la celebración de la Palabra 6 Profecías, una lectura del Apóstol y el Evangelio, se celebraba en la noche del sábado al domingo. Esto viene indicado en los antiguos sacramentarios con la nota: "Dominica vacat. En consecuencia, se trasladó al 3er. domingo el 1er. escrutinio, la primera sesión de exorcismos.

Tales exorcismos no estaban unidos a la celebración de la liturgia de la Palabra. No sólo las lecturas y las oraciones iban elegidas en función de los catecúmenos; en el interior mismo de la Oración Eucarística eran recomendados al



Reflexiones Católicas.

Señor en el Hanc igitur oblationem, mientras que sus padrinos y madrinan lo eran en el Memento de los vivos.

Desde el siglo V se celebraba además la Tradición del Símbolo de la Fe. Se explicaba cada artículo y el futuro bautizado tenía que recitarlo en la celebración que se denominaba "Redditio symboli". Posteriormente, a esta "tradición" se añadió otra, la del Pater, explicado también petición por petición; y al final del siglo VI, la de los Evangelios: cuatro diáconos empezaban la lectura seguida de un breve comentario.

El sacramentario Gelasiano, en las fórmulas de sus celebraciones de escrutinios deja ver claramente que se trata ya, las más de las veces, de bautismo de niños. Cuando esta situación se generalizó, los tres escrutinios dominicales se trasladaron a la semana y arrastraron consigo su eucologio y lecturas. Los domingos, dejados así vacíos, recibieron parcialmente las lecturas evangélicas de los días de feria ocupados en lo sucesivo por los antiguos escrutinios dominicales. Se eligieron epístolas que correspondieran al 3.º, 4.º y 5.º domingo así transformados. De esta forma se comprende cómo la fisonomía de Cuaresma se transformó claramente; fue la que hemos conocido hasta la reciente reforma del Vaticano II. "Por una especie de compensación", como los niños no eran capaces de corresponder por sí mismos activamente a lo que se realizaba en ellos, se vinieron a multiplicar los escrutinios: se doblaron y se llegó así al número de 6 escrutinios, sin contar el del sábado santo por la mañana. Progresivamente estos escrutinios vinieron a ser autónomos en relación a las misas cuaresmales. El Ordo XI testimonia ya el abandono de la estrecha solidaridad que existía entre los escrutinios y los formularios de la misa.

Hay que añadir aún una palabra acerca de la suerte del evangelio de San Juan durante la Cuaresma. Buen número de exegetas lo consideran escrito con vistas a una catequesis bautismal. Se utilizó ampliamente durante la Cuaresma, sobre todo a partir del 3er. domingo. La



Reflexiones Católicas.

tradición romana nunca perdió esta tradición y la actual reforma la ha conservado celosamente.

Dado que se restablecía la liturgia de los escrutinios dominicales con vistas al bautismo de adultos, y puesto que la sucesión de lecturas para ellos previstas constituye de hecho una excelente catequesis del misterio pascual, se ha confeccionado el Ciclo A con las lecturas antiguamente utilizadas para estos domingos de Cuaresma. Este Ciclo A es obligatorio en las iglesias en que hay catecúmenos, aunque puede utilizarse cada año en las demás iglesias. Para cuando son presentados los catecúmenos, se han restituido igualmente las oraciones dichas a su intención y a la de sus padrinos y madrinan, según hemos indicado más arriba. Se ha querido, no obstante, proveer a la Cuaresma de otros dos Ciclos B y C. Son, sin duda, menos pastorales y están peor logrados; han acaparado además textos que hubieran podido útilmente figurar en las lecturas de semana, a menudo peor escogidas porque faltaba material. (...)La Cuaresma empezaba el 1er. domingo; sólo tardíamente se adjudicó su comienzo al Miércoles de Ceniza, reservado primeramente a los penitentes públicos que serían reconciliados el Jueves Santo por la mañana.

3.-No podemos regresar auténticamente a Dios si no es desde el corazón.

Es demasiado fácil dejar pasar el tiempo sin profundizar, sin volver al corazón. Pero cuando el tiempo pasa sobre nosotros sin profundizar en la propia vocación, sin descubrir y aceptar todas sus dimensiones, estamos quedándonos sin lo que realmente importa en la existencia: el corazón (entendido como nuestra facultad espiritual en la que se manejan todas las decisiones más importantes del hombre). El corazón es el encuentro del hombre consigo mismo.

“Volved a mí de todo corazón”. Son palabras de Dios en la Escritura. No podemos regresar auténticamente a Dios si no es desde el corazón, y tampoco podemos vivir si no es desde el



Reflexiones Católicas.

corazón. Dios llama en el corazón, pero, en un mundo como el nuestro, en el cual tan fácilmente nos hemos olvidado de Dios, en un mundo sin corazón, a nosotros, hombres y mujeres del siglo XXI, nos cuesta llegar al corazón. Dios llama al corazón del hombre, a su parte más interior, a ese yo, único e irrepetible; ahí me llama Dios.

Yo puedo estar viviendo con un corazón alejado, con un corazón distraído en el más pleno sentido de la palabra. Y cuánto nos cuesta volver. Cuánto nos cuesta ver en cada uno de los eventos que suceden la mano de Dios. Cuánto nos cuesta ver en cada uno de los momentos de nuestra existencia la presencia reclamadora de Dios para que yo vuelva al corazón. El camino de vuelta es una ley de vida, es la lógica por la que todos pasamos. Y mientras no aprendamos a volver a la dimensión interior de nosotros mismos, no estaremos siendo las personas auténticas que debemos de ser.

Podría ser que estuviésemos a gusto en el torbellino que es la sociedad y que nuestro corazón se derramase en la vida de apariencia que es la vida social. Pero es bueno examinarse de vez en cuando para ver si realmente ya he aprendido a medir y a pesar las cosas según su dimensión interior, o si todavía el peso de la existencia está en las conveniencias o en las sonrisas plásticas.

¿Pertenezco yo a ese mundo sin corazón? ¿Pertenezco yo a ese mundo que no sabe encontrarse consigo mismo? Dios llama al corazón para que yo vuelva, para que yo aprenda a descubrir la importancia, la trascendencia que tiene en mi existencia esa dimensión interior. Estamos terminando la Cuaresma, se nos ha ido un año más de las manos, recordemos que es una ocasión especial para que el hombre se encuentre consigo mismo.

Curiosamente la Cuaresma no es muy reciente en la historia de la Iglesia, los apóstoles no la hacían. La Cuaresma viene del inicio de la vida monacal en la Iglesia, cuando los monjes empiezan a darse cuenta de que hay que prepararse para la llegada de Cristo. Todavía hoy día hay congregaciones que tienen dos Cuaresmas. Los carmelitas tienen una en Adviento, cuarenta días antes de Navidad, y tienen cuarenta días antes de Pascua, de alguna manera significando que a través de la Cuaresma el espíritu humano busca encontrarse con su Señor. Las dos Cuaresmas terminan en un particular encuentro con el Señor: la primera en el



Reflexiones Católicas.

Nacimiento, en la Natividad, en la Epifanía, como dicen estrictamente hablando los griegos; y la segunda, en la Resurrección. Si en la primera manifestación vemos a Cristo según la carne; en la segunda manifestación vemos a Cristo resucitado, glorioso, en su divinidad.

De alguna manera, lo que nos está indicando este camino cuaresmal es que el hombre que quiera encontrarse con Dios tiene que encontrarse primero consigo mismo. No tiene que tener miedo a romper las caretas con las que hábilmente ha ido maquillando su existencia. El hombre tiene que aprender a descubrir dentro de su corazón la mirada de Dios.

Para este retorno es necesario crear una serie de condiciones. La primera de todas es ese aprender a ensanchar el espacio de nuestro espíritu para que pueda obrar en nuestro corazón el Espíritu Santo. Ensanchar nuestro espíritu a veces nos puede dar miedo. Ensanchar el corazón para que Dios entre en él con toda tranquilidad, no significa otra cosa sino aprender a romper todos los muros que en nosotros no dejan entrar a Dios.

¿Realmente nuestro espíritu está ensanchado? ¿Mi vida de oración realmente es vida y es oración? ¿Realmente en la oración soy una persona que se esfuerza? ¿Consigo yo que mi oración sea un momento en el que Dios llena mi alma con su presencia o a veces con su ausencia? Dios puede llenar el corazón con su presencia y hacernos sentir que estamos en el noveno cielo; pero también puede llenarlo con su ausencia, aplicando purificación y exigencia a nuestro corazón.

Cuando Dios llega con su ausencia a mi corazón, cuando me deja totalmente desbaratado, ¿qué pasa?, ¿Ensancho el corazón o lo cierro? Cuando la ausencia de Dios en mi corazón es una constante —no me refiero a la ausencia que viene del sueño, de la distracción, de la pereza, de la inconstancia, sino a la auténtica ausencia de Dios: cuando el hombre no encuentra, no sabe por dónde está Dios en su alma, no sabe por dónde está llegando Dios, no lo ve, no lo siente, no lo palpa—, ¿abrimos el espíritu?, ¿Seguimos ensanchando el corazón sabiendo que ahí está Dios ausente, purificando mi alma? O cuando por el contrario, en la oración me encuentro lleno de gozo espiritual, ¿me quedo en el medio, en el instrumento, o aprendo a llegar a Dios?



Reflexiones Católicas.

Cuando nuestra vida es tribulación o es alegría, cuando nuestra vida es gozo o es pena, cuando nuestra vida está llena de problemas o es de lo más sencilla, ¿sé encontrar a Dios, sé seguirle la pista a ese Dios que va abriendo espacio en el corazón y por eso me preocupo de interiorizar en mi vida? Uno podría pensar: ¿Cuál es mi problema hoy? ¿Hasta qué punto en este problema —un hijo enfermo, una dificultad con mi pareja, algún problema de mi hijo—, he visto el plan de Dios sobre mi vida?

Tenemos que experimentar la gracia de esta convicción, hay que ensanchar el corazón abriéndolo totalmente a la acción transformadora del Señor. Sin embargo, nunca tenemos que olvidar, que contra esta acción transformadora de Dios nuestro Señor hay un enemigo: el pecado. El pecado que es lo contrario a la Santidad de Dios. Y para que nos demos cuenta de esta gravedad, San Pablo nos dice: “Dios mismo, a quien no conoció el pecado, lo hizo pecado por nosotros”. Pero, mientras no entremos en nuestro corazón, no nos daremos cuenta de lo grave que es el pecado.

Cuando yo miro un crucifijo, ¿me inquieta el hecho de que Cristo en la cruz ha sido hecho pecado por mí, de que la mayor consecuencia del pecado es Cristo en la cruz? ¿Me ha dicho Dios: quieres ver qué es el pecado? Mira a mi Hijo clavado en la Cruz.

Cuando uno piensa en el hambre en el mundo; o cuando uno piensa que en cada equis tiempo muere un niño en el mundo por falta de alimento y por otro lado estamos viendo la cantidad de alimento que se tira, preguntémosnos: ¿No es un pecado contra la humanidad nuestro despilfarro? No el vivir bien, no el tener comodidades, sino la inconsciencia con la que manejamos los bienes materiales. ¿Nos damos cuenta de lo grave que es y lo culpable que podemos llegar a ser por la muerte de estos hermanos?

¿Me doy cuenta de que cada persona que no vive en gracia de Dios es un muerto moral? ¿No nos apuran la cantidad de muertos que caminan por las calles de nuestras ciudades? Tengo que preguntarme: ¿Me preocupa la condición moral de la gente que está a mi cargo? No es cuestión de meterse en la vida de los demás, pero sí preguntarme: ¿Soy justo a nivel justicia social? ¿Me permito todavía el crimen tan grave que es la crítica? ¿Me



Reflexiones Católicas.

doy cuenta de que una crítica mía puede ser motivo de un gravísimo pecado de caridad por parte de otra persona?

Siempre que pensemos en el pecado, no olvidemos que la auténtica imagen, el auténtico rostro donde se condensa toda la justicia, todo desamor, todo odio, todo rencor, toda despreocupación por el hombre, es la cruz de nuestro Señor.

El abandono que Cristo quiere sufrir, el grito del Gólgota: “¿Por qué me has abandonado?” pone ante nuestros ojos la verdadera medida del pecado. En Cristo esta medida es evidente por la desmesurada inmensidad de su amor. El grito: “¿Por qué me has abandonado?” es la expresión definitiva de esta medida. El amor con el que me ha amado, el amor que ama hasta el fin. ¿He descubierto esto y lo he hecho motivo de vida; o sólo motivo de lágrimas el Viernes Santo? ¿Lo he hecho motivo de compromiso, o sólo motivo de reflexión de un encuentro con Cristo? ¿Mi vida en el amor de Dios se encierra en ese grito: ¿“Por qué me has abandonado”? que es el amor que ama hasta el último despojamiento que puede tener un alma?

En esta Cuaresma es necesario volver al interior, descubrir la llamada de Dios a la entrega y al compromiso, volver a la propia vocación cristiana en todas sus dimensiones. Y para lograrlo es necesario abrir primero nuestro espíritu a Dios y comprender la gravedad del pecado: del pecado de omisión, de indiferencia, de superficialidad, de ligereza. Es ineludible volver a la dimensión interior de nuestro espíritu, en definitiva, no ir caminando por la vida sin darnos cuenta que en nosotros hay un corazón que está esperando ensancharse con el amor de Dios.

4.-Oración, ayuno y misericordia son inseparables

La oración llama, el ayuno intercede, la misericordia recibe. Tres son, hermanos, los resortes que hacen que la fe se mantenga firme, la devoción sea constante, y la virtud permanente. Estos tres resortes son: la oración, el ayuno y la misericordia. Porque la oración llama, el ayuno intercede, la



Reflexiones Católicas.

misericordia recibe. Oración, misericordia y ayuno constituyen una sola y única cosa, y se vitalizan recíprocamente.

El ayuno, en efecto, es el alma de la oración, y la misericordia es la vida del ayuno. Que nadie trate de dividirlos, pues no pueden separarse. Quien posee uno solo de los tres, si al mismo tiempo no posee los otros, no posee ninguno. Por tanto, quien ora, que ayune; quien ayuna, que se compadezca; que preste oídos a quien le suplica aquel que, al suplicar, desea que se le oiga, pues Dios presta oído a quien no cierra los suyos al que le súplica.

Que el que ayuna entienda bien lo que es el ayuno; que preste atención al hambriento quien quiere que Dios preste atención a su hambre; que se compadezca quien espera misericordia; que tenga piedad quien la busca; que responda quien desea que Dios le responda a él. Es un indigno suplicante quien pide para sí lo que niega a otro.

Díctate a ti mismo la norma de la misericordia, de acuerdo con la manera, la cantidad y la rapidez con que quieres que tengan misericordia contigo. Compadécete tan pronto como quisieras que los otros se compadezcan de ti.

En consecuencia, la oración, la misericordia y el ayuno deben ser como un único intercesor en favor nuestro ante Dios, una única llamada, una única y triple petición.

Recobremos con ayunos lo que perdimos por el desprecio; inmolemos nuestras almas con ayunos, porque no hay nada mejor que podamos ofrecer a Dios, de acuerdo con lo que el profeta dice: *Mi sacrificio es un espíritu quebrantado: un corazón quebrantado y humillado tú no lo desprecias*. Hombre, ofrece a Dios tu alma, y ofrece la oblación del ayuno, para que sea una hostia pura, un sacrificio santo, una víctima viviente, provechosa para ti y acepta a Dios. Quien no dé esto a Dios no tendrá excusa, porque no hay nadie que no se posea a sí mismo para darse.

Más, para que estas ofrendas sean aceptadas, tiene que venir después la misericordia; el ayuno no germina si la misericordia no lo riega, el ayuno se torna infructuoso si la misericordia no lo fecundiza: lo que es la lluvia para la tierra, eso mismo es la misericordia para el ayuno. Por más que perfeccione su corazón, purifique su carne, desarraigue los vicios y siembre las virtudes, como no produzca caudales de misericordia, el que ayuna no cosechará fruto alguno.



Tú que ayunas, piensa que tu campo queda en ayunas si ayuna tu misericordia; lo que siembras en misericordia, eso mismo rebosará en tu granero. Para que no pierdas a fuerza de guardar, recoge a fuerza de repartir; al dar al pobre, te haces limosna a ti mismo: porque lo que dejes de dar a otro no lo tendrás tampoco para ti.

5.-ORACIÓN - AYUNO - LIMOSNA

1.- Ascesis en la verdad

Lo que relacionaría a nuestros contemporáneos con la exigencia ascética de los Padres es su extremada preocupación por deslindarla de toda fabulación y considerarla con toda sinceridad. Para ellos, por encima de toda técnica, se impone una doble condición: la del contacto con el prójimo mediante la caridad fraterna expresada concretamente en la limosna, y la de un contacto verdadero con Dios mediante la oración desnuda pero poderosamente sublimada por las cualidades esenciales del ayuno. Sin esta doble armazón indispensable, la ascesis del ayuno no sería más que una egoísta ilusión, vuelta inconscientemente sobre sí misma, y una falsedad.

- Oración y ayuno

La oración es la primera actividad de la Cuaresma; es un tiempo muy apto para renovarla. En efecto, todo se apoya en la vida espiritual. Si el tiempo de ayuno exige la oración, el esfuerzo de ascesis y de liberación del peso de la carne, la voluntad de alcanzar al prójimo en su propio terreno con un amor fraterno y generoso repercuten en la calidad y poder de lucha de la oración.

"No hay ninguna duda de que el ayuno es útil, escribe Agustín-SAN: así el hombre hace la prueba de lo que quiere obtener, de lo que suplica cuando se aflige con el ayuno. Por eso se ha dicho: Buena es la oración con ayuno (Tob. 12,8). Para que sea aceptada la oración debe ir acompañada del ayuno". (Sobre Tobías, PL. 35, 2363, obra incierta) El mismo San Agustín decía también a sus fieles en un sermón de Cuaresma: "Para que nuestras oraciones



Reflexiones Católicas.

puedan más fácilmente tomar su vuelo y llegar hasta Dios, es preciso darles el doble ceremonial de la limosna y el ayuno" (Sermón 206, para el 1.º Ó 2.º Domingo de cuaresma, PL. 38, 1041). "Nuestra oración -apoyada en la humildad y la caridad, en el ayuno y la limosna, en la abstinencia y el perdón de la injuria, en el cuidado que pondremos en hacer el bien en lugar de devolver el mal y de evitar el mal y practicar el bien- busca la paz y la obtiene porque esa oración vuela, sostenida y llevada a los cielos, donde nos ha precedido Jesucristo que es nuestra paz". "Estas piadosas limosnas y este frugal ayuno son las alas que en estos santos días ayudarán a nuestra oración a subir hacia el cielo" (Agustín, Sermón 207, sobre la Cuaresma, PAL. 38, 1042). Se ve cómo San Agustín liga las tres actividades, ayuno, oración y limosna. Para él, Cuaresma, que debe ser ante todo un tiempo de oración, es el período que más enriquece la oración y la afina porque le da "el alimento" de que ésta tiene necesidad para elevarse: "(...) porque (la oración) tiene un alimento que le es propio y que se le manda tomar sin interrupción: que se abstenga siempre del odio y se alimente constantemente de amor.

- Caridad fraterna.

Mientras San Agustín, en su ascesis cuaresmal insiste tanto en la calidad de la oración, San León se manifiesta más impresionado por la caridad fraterna que se traduce concretamente en la limosna. De los doce sermones suyos que sobre la Cuaresma han llegado hasta nosotros, casi todos hablan de la caridad, del perdón de las injurias y de la limosna.

"Por consiguiente, queridos, acordándonos de nuestra debilidad que nos hace fácilmente caer en toda clase de faltas, guardémonos de menospreciar este remedio primordial y este medio efficacísimo para curar nuestras heridas; perdonemos para que se nos perdone, otorguemos la gracia que nosotros mismos suplicamos; no busquemos vengarnos, nosotros que pedimos se nos perdone" (LEON-MAGNO-SAN.LEÓN EL GRANDE, Sermón 1 sobre la Cuaresma, SC. 49 bis, 77. CCL. 138 A, 220)



Reflexiones Católicas.

San León recuerda la costumbre según la cual, en honor de la pasión y de la resurrección del Señor, los emperadores dejaban en libertad a los prisioneros: "Que los pueblos cristianos imiten, pues, a sus príncipes y que el ejemplo de los emperadores les anime a perdonar en sus propios ambientes. No está permitido, en efecto, que las leyes privadas sean más rigurosas que las públicas. Perdonemos las faltas, rompamos las cadenas, olvidemos las injurias y acabemos con las venganzas; entonces la fiesta sagrada, gracias al perdón divino y a los perdones humanos, nos encontrará a todos alegres, a todos irreprochables" (LEÓN EL GRANDE, Sermón 2 sobre la Cuaresma, SC. 49bis, 91; CCL. 138 A, 231). "Queridos, rompamos los motivos de discordia, las espinas de enemistad; que cesen los odios y desaparezcan las desavenencias; que todos los miembros de Cristo se reencuentren en la unidad del amor" (LEÓN EL GRANDE, Sermón 3 sobre la Cuaresma. SC. 49 bis, 99; CCL. 138 A, 237).

Perdón

El leitmotiv de las conclusiones de la mayor parte de los sermones de Cuaresma de San León será el perdón de las ofensas a fin de obtener nosotros mismos el perdón. El gran pontífice no deja de dar primacía a la recitación del Padrenuestro y de subrayar cómo lo que allí decimos nos compromete y condiciona el perdón que pedimos para nosotros mismos: "Si, en efecto, decimos: Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores, nos encadenamos a nosotros mismos con las más rigurosas ataduras si no cumplimos lo que declaramos" (ID., Sermón 5 sobre la Cuaresma, SC. 49 bis, 127; 138 A, 256).

No es sólo a nuestros iguales a quienes hay que conceder este perdón sino de igual modo a nuestros subordinados: "(...) prometeos a vosotros mismos sin duda posible la divina misericordia, si por vuestra parte, en lo que a vuestros subordinados concierne, transferís toda ofensa al crédito del perdón" (ID., Sermón 9 sobre la Cuaresma, SC. 49 bis, 169; CCL. 138 A, 277).



Reflexiones Católicas.

San León se vuelve suplicante, no teme, aun siendo discreto, en recurrir a la forma del patetismo: "Si alguien detiene a unos delincuentes por una falta, no puede poner en duda su propia cualidad de pecador; y, para recibir él mismo su propio perdón, que se alegre de haber encontrado alguien a quien perdonar" (ID., Sermón 10 sobre la Cuaresma, SC. 49 bis, 179; CCL. 138 A, 283).

"Lo que cada uno decide en relación con los demás, lo decreta efectivamente para consigo en virtud de su propia ley" (ID., Sermón 11 sobre la Cuaresma, SC. 49 bis, 191; CCL. 138 A, 290)).

En realidad, este gesto del perdón nada tiene que pueda humillar. Por el contrario, asocia al hombre al poder divino mismo: "Condición perfectamente justa y benévola, que hace participar al hombre en el poder divino regulando la sentencia de Dios con su propia decisión y comprometiendo al Señor hacia él con el juicio con que uno haya juzgado a su compañero de servicio (ID., Sermón 12 sobre la Cuaresma, SC 49bis, 201; CCL. 138 A, 294).

San Agustín, en su séptimo sermón de Cuaresma, centrado en la caridad fraternal y el perdón de las injurias, volverá sobre temas parecidos. El exordio es vigoroso; hace recaer la salvación, en medio de las tentaciones tan numerosas que asaltan al alma, en el perdón de las ofensas: "Estos santos días que pasamos en la práctica de las observancias cuaresmales, nos traen el deber de hablaros de la caridad fraterna y de la obligación de poner fin a todos vuestros odios contra los hermanos si no queréis que se acabe con vosotros (...) Tenemos un pacto con Dios, un contrato y, en el acta misma, hemos suscrito la condición sin la que nuestras deudas no pueden sernos perdonadas" (Sermón 211 sobre la Cuaresma).

El perdón de las ofensas, según San Agustín, es una condición de libertad del alma y de luz. Apoyándonos en la primera carta de San Juan: "El que odia a su hermano permanece en las tinieblas (...) todo el que aborrece a su hermano es un asesino (1 Jn. 3,15)", interpela a sus oyentes: "Quien odia a su hermano, va, sale, entra, viaja,



Reflexiones Católicas.

no parece cargado con ninguna cadena ni encerrado en prisión alguna; sin embargo, se halla encadenado con las ataduras de su crimen. Vosotros creéis que no está en prisión pero os engañáis; su prisión es su corazón"(Ibid.).

-Limosna

Una de las formas más concretas de la caridad fraterna es la limosna. Es una práctica indisoluble del verdadero ayuno. Pero está lejos de limitarse al gesto material que consiste en desprenderse de su dinero. San Agustín ha previsto el error: "Es un deber el multiplicar las limosnas en este tiempo santo". "¿Qué diré de esa obra de misericordia en virtud de la cual no hay nada que sacar de la bolsa sino que todo procede del corazón, que pierde mucho más conservándolo que despojándose de ello? Me refiero a la cólera que uno conserva en su corazón contra su hermano" (Sermón 208 sobre la Cuaresma). Pero la limosna junto con el perdón de las ofensas hace posible el contacto con Dios en la oración. Comentando a Isaías (58,3) acerca del ayuno, San Agustín concluye:"He ahí las dos alas sobre las que la oración vuela hacia Dios: el perdón de las ofensas y la limosna hecha al indigente" (Sermón 205 sobre la Cuaresma).

Si San Agustín, hablando de la limosna, hace de ella una condición para el contacto con Dios en la oración, San León ve en ella una obra de misericordia que nos atrae el perdón: "No pasemos al lado del pobre permaneciendo sordos a sus quejas, concedamos, con benévola solicitud, misericordia a los indigentes para merecer nosotros mismos hallar misericordia en el momento del juicio"(LEÓN EL GRANDE, Sermón 1 sobre la Cuaresma, SC. 49bis, 77, CCL. 138 A, 221).

El deber de la limosna no se limita a socorrer a quienes comparten nuestra misma fe: "Por más que la pobreza de los fieles ha de ser socorrida la primera, también los que todavía no han recibido el evangelio son dignos de piedad en sus necesidades; porque hay que amar a todos los hombres en la comunión de una misma naturaleza" (ID.,



Reflexiones Católicas.

Sermón 3 sobre la Cuaresma, SC. 49bis, 97; CCL. 138 A, 235).

La limosna hace, además, participar en la liberalidad de Dios: "Nada es más digno del hombre que imitar a su Creador y ser, en la medida de sus posibilidades, el mandatario de la obra divina" (ID., Sermón 5 sobre la Cuaresma, SC. 49 bis, 127; CCL. 138 A, 256). Los sermones décimo y undécimo sobre la Cuaresma acaban ambos con una exhortación a la limosna.

En la misericordia Dios reencuentra su propia imagen: "Ninguna devoción en los fieles es más agradable a Dios que la que se dedica a sus pobres; allí donde Dios encuentra la preocupación por la misericordia, reconoce la imagen de su propia bondad" (ID., Sermón 10 sobre la Cuaresma, SC. 49bis, 179; CCL. 138 a; 283).

San León se deja llevar hasta la paradoja. Se ve cómo, a sus ojos, el ayuno está lejos de ser sólo una abstinencia de alimentos: "Con la distribución de limosnas igualmente y con el cuidado por los pobres, los cristianos, aun ayunando, engordan; con lo que cada uno sustrae a sus placeres y lo que gasta en favor de los débiles y de los indigentes" (ID., Sermón 11 sobre la Cuaresma, SC. 49bis, 193; CCL. 138 A, 290).

Las exhortaciones de San León durante la Cuaresma están marcadas por su mayor preocupación: caridad fraterna, perdón y limosna. Se adivina que presiente un fácil error en sus cristianos. Pudiera ser que la práctica formalista de un ayuno externo corriera el peligro de proporcionarles una coartada para una vida espiritual fácil. El Papa no lo quiere y denuncia claramente el peligro: "Abracemos, pues, este ayuno solamente con devoción solícita y con fe alerta, y celebrémoslo no con una dieta estéril, como a veces la imponen la debilidad del cuerpo y la enfermedad de la avaricia, sino con una amplia generosidad" (ID., Sermón 2 sobre la Cuaresma, SC. 49 bis, 87; CCL. 138 A, 228).

San León no olvida poner el acento en la verdadera esencia del ayuno: "El todo de nuestro ayuno no reside en la sola abstención del alimento; no hay provecho en sustraer



Reflexiones Católicas.

alimentos al cuerpo si el corazón no se aparta de la injusticia y si la lengua no se abstiene de la calumnia" (ID., Sermón 4 sobre la Cuaresma, SC. 49 bis, 103; CCL. 138 A, 240). No obrar así, sería hipocresía y el Papa no teme en dar la razón a los no-creyentes que encontrarían ahí un justo motivo de críticas: "Efectivamente, estaremos expuestos, no sin motivo, a las críticas de los infieles y son nuestras propias faltas las que armarán las lenguas contra la religión si, cuando ayunamos, nuestra forma de vivir no va de acuerdo con la pureza de una perfecta abstinencia" (Ibid.).

No hemos querido poner de relieve aquí más que algunos pasajes de los sermones de Cuaresma, pero tendríamos que haber citado muchos otros. Estos bastan, no obstante, para demostrarnos cómo los Padres latinos conciben el ayuno con realismo y empalman con nuestras contemporáneas exigencias de una sinceridad exenta de todo formalismo. Veremos, intentando descubrir lo que constituye lo esencial del ayuno, cómo San Juan Crisóstomo, por ejemplo, rechaza igualmente todo formalismo.

-¿Ayunar sin ayunar?

Juan Crisóstomo, en una homilía pronunciada el día de Pascua, resume su forma de interpretar el ayuno. Adopta la paradoja, pero quienes le escuchan no pueden menos de quedar más impresionados por lo esencial de las exigencias que les enuncia: "Cuando ayunéis, os decía que podáis muy bien hacerlo sin ayunar; hoy os digo que se puede ayunar igualmente no ayunando. Quizás os parezca enigmático este lenguaje; voy a daros enseguida la clave. ¿Cómo es posible, ayunando, no ayunar? Así ocurre cuando, renunciando al alimento acostumbrado, no renuncia uno a sus pecados. ¿Cómo es posible, no ayunando, ayunar? Así es cuando uno usa el alimento sin usar el pecado. Este ayuno es mucho mejor que el otro, y no sólo mejor sino además más fácil" (San Juan Crisóstomo, Homilía contra la embriaguez y sobre la resurrección). Volvemos a encontrar aquí exactamente la



Reflexiones Católicas.

forma de pensar y de expresarse de San León: "A lo que cada cristiano debe hacer en todo tiempo, debe ahora dedicarse con mayor fe y amor; de este modo satisfaremos esta obligación que se remonta hasta los Apóstoles, de ayunar durante cuarenta días, no sólo reduciendo nuestra alimentación sino sobre todo absteniéndonos del pecado" (León el Grande, Sermón 1 sobre la Cuaresma, SC. 49 bis, 138 A, 259).

San Agustín, en repetidas ocasiones, utiliza el mismo lenguaje: "Ante todo se trata, para ayunar de veras, de abstenerse de toda falta".

-Cura del alma

La Cuaresma es ante todo una cura de alma. No sólo el recién llegado a la fe cristiana debe pensar en cuidar su alma sino que ningún cristiano, incluso de tradición, puede tener la seguridad de una solidez sin grietas. Hablando a los que van a recibir el bautismo y dirigiéndose a quienes ya lo han recibido, expresa San León el interés y la necesidad que todos tienen de tal cura de alma: "(...) los primeros lo necesitan para recibir lo que no poseen aún; los segundos, para conservar lo que recibieron. El Apóstol dice en efecto que el que se gloria de estar en pie tenga cuidado de no caer. (...) Utilicemos pues, queridos, las instituciones venerables del más favorable de los tiempos, y pulamos el espejo de nuestro corazón con un esmero más solícito" (ID., Sermón 5 sobre la Cuaresma, SC. 49bis, 123; CCL. 138 A, 254).

"Si el ayuno consiste ante todo en abstenerse de vicios, desarraiga además de ellos a quienes ayunan para llevarles a placeres inefables" (ID., Sermón 12 sobre la Cuaresma, SC. 49bis, 199; CCL. 138 A, 294).

San Juan Crisóstomo, en una homilía sobre el 1er. capítulo del Génesis, en el momento en que cita la segunda carta de Pablo a los Corintios, capítulo 4, donde él leía: "Cuanto más se desmorona en nosotros el hombre exterior más se renueva el hombre interior", comenta así este pasaje: "El ayuno es el suntuoso alimento de nuestra alma, y lo mismo que una alimentación copiosa engrosa nuestro cuerpo, así



Reflexiones Católicas.

el ayuno da vigor a nuestra alma, la provee de alas potentes y ligeras que la llevan a todas las alturas de la virtud y la verdad...".

San Agustín, a su vez, expresa lo que piensa de los efectos en el alma de la abstinencia cuaresmal: "Cuando el alma se encuentra liberada de alimentos y del exceso de bebida, se reconoce mejor. En efecto, así como el hombre no se ve tal como es en un espejo sucio, lo mismo ocurre si se ve entorpecido por los alimentos y la embriaguez: se ve distinto de como es (...) Cuando el cuerpo se modera con el ayuno, el alma, adquiriendo conocimiento de sí misma, entiende con cuanta afición debe seguir al Redentor" (AGUSTÍN DE HIPONA, Sermón 120 sobre el Ayuno, PL. 35. 2364. Autenticidad y texto inciertos).

Porque, a fin de cuentas, en eso consiste lo esencial del ayuno: acomodarse más a la Cruz del Señor. Es el significado específico del ayuno pascual. "Ayunemos, pues, escribe San Agustín, humillando nuestras almas ante la proximidad del día en que el Maestro de la humanidad se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte de Cruz. Imitemos su crucifixión sujetando a la cruz, con los clavos de la abstinencia, nuestras pasiones desenfrenadas" (ID., Sermón 208 sobre la Cuaresma, PL. 38, 1043).

Casi en los mismos términos, San León expresa su pensamiento acerca del período cuaresmal: "En estos días, pues, se han decretado por los santos apóstoles, bajo la inspiración del Espíritu Santo y con justo título, ayunos mayores con el fin de que, tomando nuestra parte de la cruz de Cristo, hagamos también nosotros algo de lo que él ha hecho por nosotros, según estas palabras del Apóstol: Si sufrimos con él, con él seremos glorificados".

El ayuno es, por tanto, una participación en el sufrimiento de Cristo. Y por eso es, como la vida de Cristo hasta su triunfo, una lucha sin cuartel. Porque "(...) el tentador, siempre en vela, acosa más ávidamente con sus astucias sobre todo a los que ve se abstienen del pecado. ¿Y de quién mantendrá alejados sus engaños, el que se ha



Reflexiones Católicas.

atrevido a tentar con sus astucias disimuladas al mismo Señor de majestad?" (ID., Sermón 3 sobre la Cuaresma, SC. 49 bis, 95; CCL. 138 A, 234).

Pero sería inútil proseguir esta investigación porque siempre nos conduciría al mismo punto. El ayuno, tal como lo conciben los Padres, es en su fondo de todo tiempo y de todos los momentos. Ante todo los Padres quieren desbaratar las supercherías y cualquier falsa apariencia. San Agustín no rehúye el declararlo: hay quienes observan la Cuaresma con una verdadera sensualidad y quienes llegan incluso a abstenerse del vino por sensualidad: "Hay cristianos que observan la Cuaresma debido a un espíritu de sensualidad más bien que por religión y se dedican a buscar nuevos goces en lugar de mortificar sus antiguas codicias. A base de grandes gastos hacen provisión de toda clase de frutos y se esfuerzan en combinar los condimentos más variados y más exquisitos (...) También los hay que se abstienen del vino pero para reemplazarlo por bebidas que combinan con jugo de otras frutas" (San Agustín de Hipona, Sermón 210 sobre la Cuaresma, PL. 38, 1052).

-Ayunar con toda la Iglesia

La Cuaresma no tiene nada de común con estas prácticas, ni tampoco con lo que se redujera a puras y simples observancias. Se trata ante todo de configurarse con la cruz, de vencer al demonio y de restablecer el equilibrio en el contacto con Dios mediante la oración y en la unión con el prójimo mediante una caridad que llega hasta la limosna y el perdón generoso.

Pero en esta ascesis cuaresmal el cristiano no está aislado y el objeto de sus esfuerzos no queda concentrado únicamente en él mismo. Toda la Iglesia sale a la palestra y su atención se centra en los catecúmenos que se preparan a renunciar al demonio para revestirse de Cristo. En ese momento es todo el ejército cristiano el que se pone en pie para entablar combate con el enemigo. "Sabéis, en efecto, que es el tiempo en que por todo el mundo el diablo causa sus estragos y el ejército cristiano debe entrar en batalla, y si la indolencia ha enfriado a algunos o las preocupaciones



Reflexiones Católicas.

les han acaparado, es preciso que ahora se revistan de las armas espirituales y se animen ante la llamada de la trompeta celeste para entablar la lucha".

-Completar el templo de Dios

De este modo, especialmente en tiempo de Cuaresma toda la jerarquía católica, cada cristiano, toda la Iglesia se ve convocada a colaborar en el trabajo de redención de su Jefe. La Iglesia es "el Templo de Dios cuyo fundamento es su fundador mismo". El lugar donde habita la Divinidad misma debe edificarse con honor. "Es indudable que no se puede empezar a acabar esta morada sin que su Autor concorra a ello; sin embargo, aquél que la ha edificado, también le ha otorgado el poder buscar su acrecentamiento mediante su propio trabajo. En efecto, el material servible para la construcción de este templo es un material vivo y razonable, y está animado por el Espíritu de gracia para reunirse voluntariamente en un solo todo (...) Por lo tanto, puesto que todos los fieles juntos, y cada uno en particular, son un solo y mismo templo de Dios, es preciso que éste sea perfecto en cada uno lo mismo que debe serlo en el conjunto" (ID., Sermón, 10 sobre la Cuaresma, SC 49bis, 173; CCL. 138 A, 280).

El ayuno nos devuelve así a la perspectiva esencial que debe cautivar incesantemente al cristiano: la construcción de la Iglesia y su perfecta edificación para que crezca hasta la medida del hombre perfecto, hasta la talla misma de Cristo. Todas las actividades cristianas, ascéticas, místicas, litúrgicas se encaminan a este punto esencial. El ayuno adquiere, pues, una dimensión escatológica.

Desempeña, en fin, su función salvadora para los últimos tiempos; es un remedio para la eternidad; es para curar, para consolidar, para purificar, para iluminar a todos y a cada uno en la unidad de la Iglesia; para eso fue instituido este tiempo por nuestro Jefe mismo, Jesucristo nuestro Señor.

-Eco de la doctrina de los Padres



Reflexiones Católicas.

Es interesante indagar cómo han entendido la ascesis cristiana los inmediatos sucesores de los Padres. Un escritor espiritual particularmente interesante para consultar, a este respecto, es Benito-SAN, cuya regla está toda ella influenciada por la doctrina de los Padres, citados a veces ad litteram. Escribe para una comunidad de monjes a quienes no quiere "especialistas" de la ascesis, sino que lleven una vida cristiana lo más perfecta posible y se esfuercen por alcanzar "un inicio de perfección". En el capítulo 49 de su Regla le corresponde tratar de "la observancia de la Cuaresma". Desde las primeras palabras, se reconocen no sólo el pensamiento sino también ciertas expresiones características de San León, y todo el capítulo se inspira en él manifiestamente. Para quienes no han tenido nunca ocasión de ponerse en contacto con la Regla, será de utilidad leer este bello pasaje, muy sencillo, sin alardes de erudición teológica, fruto de una experiencia vivida en la búsqueda exclusiva de Dios:

"El monje deberá, indudablemente, llevar en todo tiempo un estilo de vida parecido al de Cuaresma; sin embargo, pocos tendrían esta fortaleza. Insistiremos, con todo, en que, al menos en esta época de Cuaresma, vele cada uno por mantener sus costumbres en una exacta pureza y tienda a espiar a la vez en estos días santos las negligencias de todo el año. Con el fin de lograrlo perfectamente, nos preservaremos de todo desorden, nos aplicaremos a la oración acompañada de lágrimas, a la lectura, a la compunción del corazón, a las prácticas de abstinencia. Es para nosotros el momento de añadir alguna austeridad a la habitual carga de nuestros deberes: aumento de oraciones, restricción en el beber y en el comer; en suma, que cada uno se imponga el deber de ofrecer a Dios, en la alegría del Espíritu Santo, alguna disminución a elección suya de la porción que le está reglamentada: por ejemplo, que niegue a su cuerpo un poco de alimento, de bebida, de sueño, que recorte también algo su propensión a hablar, a bromear, y que ponga todo el ardor de sus deseos espirituales en la gozosa espera del día santo de Pascua. Pero lo que se ofrezca



Reflexiones Católicas.

personalmente a Dios, primero se propondrá al Abad, para que sea llevado a cabo con su consentimiento y el apoyo de su oración. Lo que se emprendiera sin la aprobación del padre espiritual sería imputado a presunción y vanagloria y no merecería ninguna recompensa. Que se haga todo, pues, con el consentimiento del Abad".

San Benito no se refiere a la Cuaresma para toda la Iglesia sino para la porción que él gobierna y que debe llevar una vida cristiana perfecta. La preocupación de los catecúmenos no se manifiesta en su exposición. En su época además, los bautismos de niños eran los más numerosos y, sobre todo, la vida monástica que él instituía no comportaba por sí misma una tendencia apostólica como tal. Por eso el acento recae en la ascesis o más exactamente en un tiempo fuerte de esta ascesis que debería ejercitarse durante todo el año. En consecuencia, su técnica mirará mucho más a completar lo que ya se hace habitualmente y a realizarlo con una mayor calidad, que a imaginar prácticas nuevas. La simple lectura indica cuál era la jerarquía de valores en la vida monástica instituida por San Benito, heredero de los Padres del desierto y de los Legisladores monásticos como Casiano, Pacomio y Basilio.

La Cuaresma consiste ante todo en una redoblada aplicación a la oración, a la lectura, a la compunción del corazón; tres puntos esenciales de la vida monástica sobre los que la Regla insiste en repetidas ocasiones. Sólo en cuarto lugar vienen las prácticas de abstinencia. Pero siempre queda bien advertido el hecho de que se trata sobre todo de ampliar en número y más aún en calidad lo que debe ser observancia habitual. Ya hemos dicho que se vuelve a encontrar en él casi textualmente el pensamiento de San León en sus sermones de Cuaresma. San Ambrosio, escribiendo a las vírgenes, les aconseja también añadir algo a la práctica habitual... En suma, lo que ha de hacerse importa bastante poco, porque lo que ante todo cuenta es alcanzar a Dios en el desasimiento de sí. Por eso, no se debe emprender nada sin el asentimiento del Abad.



Reflexiones Católicas.

Todo esto no se distinguiría apenas de las triviales afirmaciones de los autores espirituales, si San Benito no caracterizara con una frase la Cuaresma que él cree ver vivir entre sus monjes. Esta especificación, introducida sin ruido, imprime su carácter a la ascesis cuaresmal: "Que ponga todo el ardor de sus deseos espirituales en la gozosa espera del día santo de Pascua". Para San Benito, como para los Padres, como para la liturgia, la mortificación de la Cuaresma se inscribe en una tensión hacia el día de la resurrección del Señor. La ascesis no puede tener más que un sentido: una liberación, no un menosprecio del cuerpo sino dentro de un recobrado equilibrio, una liberación en orden a una entrada total en la "gran liberación" que es la Pascua del Señor. Una muerte con Cristo para resucitar con él.

Mientras el hombre vive en su envoltura mortal, deberá siempre trabajar por asegurar en sí mismo un equilibrio. Este no puede mantenerse sin una técnica de ascesis que hay que consolidar a veces mediante algunas exigencias más particulares. Pero el verdadero y único motivo de la tensión que el cristiano debe mantener en sí mismo, es el de encontrarse dispuesto para la Pascua y su complemento futuro: la vuelta del Señor. Por eso habla San Benito de "la gozosa espera del día santo de Pascua". Una ascesis centrada sobre sí misma no podría, sin hipocresía, pretender una auténtica alegría, salvo tal vez la amarga y pasajera de un orgullo de autodomínio satisfecho. Sólo la espera de la Pascua, de la liberación del hombre y del mundo que significa, puede proporcionar una verdadera alegría -la alegría del Espíritu Santo de que habla San Benito- en medio mismo de la dura y desafiante espera de esta vida.

2.

-Ayuno festivo

Es una "festividad", y este término nos sorprende. Que pueda un ayuno ser festivo nos parece paradójico. Sin embargo, así es como se lo entendía, principalmente en la vigilia de Pascua. Hay que recordar que la vigilancia está



Reflexiones Católicas.

concebida como la espera de la vuelta del Señor. La Iglesia en oración espera la vuelta de su Esposo. En los primeros años cristianos se pensó que esta vuelta tendría lugar en la noche de Pascua, centro de la vida cristiana, aniversario y presencia nueva del triunfo de Cristo. El ayuno de la vigilia, lo mismo que el de toda la Cuaresma, es festivo porque encamina al triunfo y a la vuelta del Esposo. En efecto, a la pregunta: "¿Por qué mientras nosotros y los fariseos ayunamos, tus discípulos no ayunan?", Jesús responde: "¿Pueden acaso los invitados a la boda estar tristes mientras el novio está con ellos? Días vendrán en que les será arrebatado el novio; ya ayunarán entonces" (Mt. 9, 14-15; Mc. 2,19-20; Lc. 5,34-35). Se ayuna porque no está allí el esposo; pero llega, ha inaugurado los tiempos mesiánicos y va a confirmar su triunfo. Puede la Iglesia ayunar celebrando como una fiesta la proximidad de esta vuelta. Un antiguo prefacio recuerda este episodio evangélico para el ayuno del cuarto mes: "(...) Dios que (...) advirtió a los hijos del Esposo que no podían ayunar antes de su partida...".

Se ve que esta perícopa evangélica había chocado a los espíritus de los primeros siglos cristianos como una profética advertencia siempre verdadera para el tiempo presente. La espera de la vuelta del Señor era una actitud constante y natural del cristiano de los primeros siglos.

- "Ayunar de vicios"

Evidentemente, el sacramento del ayuno no tiene sentido más que si santifica. Las composiciones litúrgicas nos hacen ver cómo consideran, a veces como un solo conjunto, los dos aspectos, negativo y positivo, de la santificación. El amplio desarrollo concedido al aspecto de lucha y de liberación no debe extrañar. También bajo este signo comienza la Cuaresma, con la proclamación evangélica de la lucha de Cristo en el desierto.

Uno de los textos más característicos a este respecto es la oración que se recita en nuestros días al comienzo de la imposición de la Ceniza: "Señor, fortalécenos con tu auxilio al empezar la Cuaresma, para que nos mantengamos en



Reflexiones Católicas.

espíritu de conversión; que la austeridad penitencial de estos días nos ayude en el combate cristiano contra las fuerzas del mal".

Este estado de lucha, señalado desde el primer domingo de Cuaresma, será uno de los temas subyacentes de la Santa Cuaresma. El ayuno está orientado a hacernos más fuertes contra el enemigo. Está en el origen de un vigor nuevo: "Concédenos, Señor, te rogamos, que al ayunar nos llenemos de tu vigor, y que al privarnos nos hagamos más fuertes que todos nuestros enemigos".

El ayuno es poderoso en esta batalla sin cuartel contra nuestros enemigos; con él y con nuestras buenas obras podemos alcanzar la victoria: "Haz, Señor, que para superar a nuestros enemigos obtengamos tu auxilio mediante ayunos que te sean agradables y mediante nuestras buenas obras".

Liberación del enemigo significa liberación del vicio. Nos hallamos aquí ante un doble movimiento: el ayuno sería falso si no consistiera ante todo en evitar el pecado, pero por otra parte nos ayuda poderosamente a sanar de nuestras inclinaciones malas. El libro de Isaías, en el capítulo 58, propone después del exilio, una concepción interior de las prácticas religiosas. Ya Amós expresa el disgusto del Señor por las fiestas y solemnidades a las que no corresponde una actitud interior (Am 5, 21). La Iglesia, cuidadosa de mantener en sus fieles la exacta comprensión del ascetismo, canta el prefacio siguiente en uno de los formularios del ayuno del séptimo mes: "(...) pero cuando en nuestras observancias mismas no nos abstenemos de lo que es malsano e ilícito, tú nos atestigüas por la voz de los profetas que no es ese el ayuno que elegiste. Porque no sólo no puede ser de utilidad alguna la mortificación corporal si nuestro espíritu está inmerso en pensamientos impíos, sino que consta que es más grave todavía el que, aun mitigada la condición terrena, el alma no se abstenga de la iniquidad" (19).

Es un constante temor de la Iglesia ese imaginar a sus fieles en la ilusión de una vida en la que se practicara la



Reflexiones Católicas.

mortificación sin un total apartamiento del pecado; sería un funesto engaño no sólo para los fieles sino también para la Iglesia. Aunque es delicado llamar a la Iglesia "pecadora", es legítimo considerar el pecado en ella. Un autor contemporáneo nos parece haber escrito excelentemente a este respecto: "El pecado no proviene de la esencia de la Iglesia sino que hace irrupción en ella desde el exterior, por la fuerza del espíritu del mal que actúa en los hombres. El pecado no pertenece a la esencia de la Iglesia pero ha de atribuirse a un desorden en ella, desorden que es un hecho en su actual estado de peregrinaje. Dicho de otro modo - según expresión habitual- el pecado en la Iglesia es la falta de sanidad imputable al poder del espíritu del mal que actúa a través de los hombres en cuanto que son miembros de la Iglesia. El pecado en y de la Iglesia no puede ser considerado -y cómo, si no, podría serlo- más que como una oscura paradoja, inaprehensible y en definitiva carente de sentido. No obstante es preciso tomarlo en serio".

-Conocer los misterios de Cristo

Sin embargo, no es la purificación, y sobre todo la purificación en sí misma, lo que interesa a la Iglesia: convertirse y creer el Evangelio, según la nueva fórmula propuesta a elección para la imposición de la Ceniza, significa hacer esfuerzos por conocer los misterios de Cristo. La oración del 1er. domingo de Cuaresma expresa admirablemente el significado profundo de estos 40 días para el catecúmeno, para el penitente, para todo cristiano: Recogiendo el texto del sacramentario Gelasiano para este 1er. domingo, la Iglesia de hoy día se expresa así: "Dios todopoderoso, te pedimos que las celebraciones y penitencias cuaresmales nos lleven a la verdadera conversión; así conoceremos y viviremos con mayor plenitud el misterio de Cristo".

Henos así informados sobre la manera en que la Iglesia considera la Cuaresma.

Jn 17-3: "Conocer" para el cristiano, como para el hombre de la Biblia, es más exactamente contemplar el amor, dar gracias por las maravillas que éste ha realizado, cultivar su



Reflexiones Católicas.

facultad de admiración ante las obras maestras de Dios en el mundo y en el corazón de los hombres y, como primera obra maestra, ante la obra extraordinaria de la salvación de la humanidad. Más todavía, conocer es tener un íntimo contacto con esos mismos misterios de Cristo cuya experiencia permite hacer el sacramento. Experimentando así los misterios de Cristo, experiencia favorecida mediante el ayuno, contemplamos activamente y podemos hacernos idea de los beneficios ya recibidos de Dios y apreciarlos. A la vez, descubrimos nuestra indigencia y nos hallamos así situados en lo que nos falta por recibir: "...porque, cumpliendo con un ayuno apropiado, nos hacemos reconocedores de los dones que hemos recibido y nuestra gratitud se acrecienta por lo que todavía necesita recibir".

El ayuno es, por lo tanto, una iluminación del alma. Penetramos los secretos del misterio de la Salvación; nos hacemos capaces de apreciar el admirable despliegue de benevolencia que es la obra del rescate de la humanidad. Adquirimos una lucidez espiritual que, a pesar del entusiasmo ante ese nuestro enriquecimiento, nos hace entrever todavía lo que falta a nuestra perfección.

Ante una plenitud tal debe, no obstante, surgir una inquietud. Incapaces por nosotros mismos de conseguir semejante visión de Dios, del mundo y de nosotros mismos, de llegar a realizar progresivamente lo que entrevemos, ¿cómo podremos conservar intacto lo que hemos recibido? La Iglesia se plantea el problema para sí misma; sabe cómo la humanidad, que es uno de sus componentes, es floja y falible y se inquieta a su vez por su responsabilidad en conservar lo que ha recibido. Es una vez más la ascesis del ayuno lo que podrá ayudarla a conservar su tesoro. En un prefacio para el ayuno del cuarto mes, la Iglesia se expresa como sigue en un formulario del sacramentario de Verona: "(...) porque, pasados estos días de júbilo en honor del Señor resucitado de entre los muertos y subido al cielo; después de haber recibido el don del Espíritu, estos santos ayunos se han instituido por nuestra necesidad a fin de que, gracias a una total



Reflexiones Católicas.

conversión, los dones otorgados por la bondad divina a los miembros vivos de la Iglesia puedan conservarse".

Progresivamente durante la Cuaresma el Señor "abre nuestras almas a la inteligencia de la fe". Es el Señor "quien nos inicia en la fe cristiana".

Se adivina aquí todo el contexto catecumenal del ordenamiento de la Cuaresma. Los escrutinios que se celebran para los catecúmenos no tienen otra finalidad que la de introducir progresivamente en la fe, dejando sitio libre para que el Espíritu pueda iluminar a los que buscan al Señor.

-Conformados según el modelo que es Cristo

No hay que tener miedo de que la invasión de la vida divina y de la perfección que comporta enorgullezca al futuro bautizado o al cristiano. Sabemos que, pulido por la ascesis, se encuentra preservado a base de una penetrante visión de sus insuficiencias, numerosas aún. Pero hay todavía más. El ayuno ayuda al catecúmeno y al cristiano a "estructurar" su alma según el modelo que es Cristo mismo.

Humildad y sumisión a la voluntad del Padre son dos características propias de quien se entrega a la ascesis en la Iglesia. No la práctica por sí mismo ni a su manera sino que tiene ante sí un modelo que ya la liturgia ha presentado a la asamblea de los fieles el primer domingo de Cuaresma. Cuando ayunan, el catecúmeno y el fiel se inspiran en un ejemplo, se hacen imitadores de Cristo. Lo serán, en primer lugar, por su humildad, cuyo sentido podrán ver en la ascesis de la Iglesia: "Dios que, mediante el ayuno y la oración nos has enseñado lo que es la humildad a imitación de Nuestro Señor tu Hijo Único...". Este mismo Cristo profesaba una incondicional sumisión a la voluntad de su Padre. El ayuno, al darnos el hábito del desprendimiento, nos encarrila en esta vía de conformidad con el querer divino: "(...) haz, Señor, que mediante este santo ayuno te seamos enteramente sumisos".

-Cambiar, convertirse



Reflexiones Católicas.

Todo esto no se logra sin nosotros. Dios no hace lo divino en nosotros ni nos modela a imagen de su Hijo, ni el Espíritu puede conformarnos según el rostro de Cristo sin que nosotros intervengamos profundamente. La conversión es siempre un problema jamás resuelto del todo. Por ello, el eucologio de Cuaresma en el nuevo Misal, está lleno todo él de la petición de conversión. La oración del 3er. domingo de Cuaresma enumera las tres actividades que pueden remediar nuestro estado: "... tú nos otorgas remedio para nuestros pecados por medio del ayuno, la oración y la limosna; mira con amor a tu pueblo penitente y restaura con tu misericordia a los que estamos hundidos bajo el peso de las culpas". La conversión es también el tema central de la liturgia del Miércoles de Ceniza, la conversión y la fe: "Convertíos y creed el Evangelio". Esto no se hace sin lucha: se trata de combatir contra todo lo que es pernicioso en nosotros.

Anteriormente se dio tal vez demasiada importancia a la penitencia corporal y al ayuno. Nadie negará que la vida de hoy día con sus exigencias constituye una penitencia a menudo por lo menos tan dura como el ayuno. Aunque esto es verdad, no lo es menos que el alma está de tal forma unida al cuerpo que resulta imposible no admitir que una cierta doma del cuerpo sigue siendo necesaria. Médica y psicológicamente se llega a esta conclusión. ¿No habría que llegar a lo mismo con cordura en una línea cristiana? El Misal actual sólo tímidamente ha dejado subsistir -para permanecer en la verdad y no hacer se reciten fórmulas que no correspondan a la verdad- determinadas oraciones en las que se habla de castigar el cuerpo para purificar el alma. "...para nuestro bien espiritual nos mandaste dominar nuestro cuerpo mediante la austeridad" (2ª semana, lunes, oración; Sac. Gel., p. 30, nº 173). "...que tengamos la alegría de poder ofrecerte, como fruto de nuestra penitencia corporal, un espíritu plenamente renovado" (5ª semana, lunes, oración sobre las ofrendas). Esa purificación comporta alegría. De este modo, la conversión interior encuentra su colaboración en la disciplina del cuerpo. El problema es, en fin, bien sencillo:



Reflexiones Católicas.

desligarse de los lazos del pecado (5ª semana, viernes), convencidos de la fragilidad de nuestra condición. Porque no hay que tratar como un problema lo que a menudo es una simple debilidad y una falta de valor para remontar una tendencia. Sin embargo, no habría que quedarse ahí y ver nuestra conversión como un pequeño acontecimiento individual; nuestra conversión está ligada a la del mundo, y si la celebración eucarística puede y de hecho nos ayuda a convertirnos, está también en la base de la conversión del mundo entero (5ª semana, jueves, oración sobre las ofrendas; Sacar. Gel., pagina 172, nº 1138).

-Marcha hacia el misterio de Pascua

Dicha conversión no halla su posibilidad más que en la participación en el misterio pascual de muerte y de vida. La institución de la Cuaresma está concebida precisamente como una marcha hacia ese misterio de liberación y de renovación. Se trata de llegar con un alma purificada a la celebración de la Pascua (2ª. oración a elegir en la imposición de la Ceniza). El prefacio del 1er. domingo de Cuaresma, al anclarnos en el modelo, Cristo, recuerda que "al abstenerse durante cuarenta días de tomar alimento, inauguró la práctica de nuestra penitencia cuaresmal, y al rechazar las tentaciones del enemigo nos enseñó a sofocar la fuerza del pecado; de este modo, celebrando con sinceridad el misterio de esta Pascua, podremos pasar un día a la Pascua que no acaba". La oración sobre las ofrendas del 2.º domingo pide que la ofrenda del sacrificio nos prepare a celebrar dignamente las fiestas pascuales". La oración del jueves de la 3ª. Semana nos desea "que vaya creciendo en intensidad nuestra entrega para celebrar dignamente el misterio pascual". La del 4.º domingo desearía que aumente la fe del pueblo cristiano para que "se apresure, con fe viva y entrega generosa, a celebrar las próximas fiestas pascuales".

-Alejarse del envejecimiento mediante una renovación:

Es uno de los aspectos más mortificantes y más descorazonadores de toda vida: la tendencia al envejecimiento espiritual, al encostramiento en la



Reflexiones Católicas.

costumbre y la facilidad. Es la tendencia del individuo, y lo es también de todo grupo. Son muchas las comunidades que han empezado con entusiasmo; con rapidez se constata el peso de la rutina, aceptada como facilidad y a veces, incluso como salvaguarda. Cambiar es siempre un riesgo y nunca resulta cómodo. Indudablemente no hay que alimentar menosprecio alguno contra una sana tradición, pero no hay que confundirla con un atolladero piadoso que la destruye y la hace odiosa. No se da sólo el encostramiento; también, y más vulgarmente, la vuelta a los vicios, el envejecimiento del alma. Hay que tener el valor de mirar de frente este fenómeno, atreverse a constatarlo en uno mismo, igual que lo hacemos en la sociedad y en las agrupaciones de personas reunidas para las causas más nobles. La Cuaresma es un tiempo para desgajarse de ese envejecimiento y un tiempo de renovación. La oración de después de la comunión del viernes de la 4ª semana se expresa así: "Señor, así como en la vida humana nos renovamos sin cesar, haz que, abandonando el pecado que envejece nuestro espíritu, nos renovemos ahora por tu gracia". Toda nuestra actividad debe ser abandonar la vida caduca y pasar a ser hombres nuevos (5ª semana, lunes, oración). El Señor ha de hacer que "superando nuestra vida caduca, fruto del pecado, lleguemos a participar de los bienes de la redención" (1ª semana, viernes, oración después de la comunión), "que muera en nosotros el antiguo poder del pecado y nos renovemos con la participación en tu vida divina" (4ª semana lunes, oración sobre las ofrendas). El principio de renovación es evidentemente el Señor mismo; la Iglesia es bien consciente de ello y le pide que haga crecer más plenamente en nosotros esta renovación y la vida que lleva consigo (4ª semana miércoles, oración sobre las ofrendas; Sac. Gel. p. 60, n. 377).

-Los sacramentos de la renovación

Sobre todo y fundamentalmente es mediante sus sacramentos como el Señor nos renueva. El prefacio del 4º domingo se expresa como sigue: "Porque él se dignó hacerse hombre para conducir al género humano, peregrino



Reflexiones Católicas.

en tinieblas, al esplendor de la fe; y a los que nacieron esclavos del pecado, los hizo renacer por el bautismo, transformándolos en hijos adoptivos del Padre".

también, en la oración sobre las ofrendas del sábado de la 5ª semana: "...por la confesión de tu nombre y el sacramento del bautismo nos haces renacer a la vida eterna". "...y por medio de sus sacramentos los restaura (a todos los hombres) a una vida nueva", se dice en el prefacio del 5º domingo. El Señor concede ahora su fuerza a los ya bautizados y a los catecúmenos que lo serán en seguida en la Noche de Pascua (5ª semana, sábado, oración; Sacr. Gel., p, 39 nº 257).

-Renovación del cuerpo y del alma

Sería un engaño considerar todo lo que acabamos de subrayar, como si fuera una visión espiritual que concerniera únicamente al alma. Convendría guardarse de semejante error. La liturgia, como la Biblia, no divide al hombre en dos, sino que es toda su persona la que debe renovarse. Lo ponía de relieve ya la oración del miércoles de la 1ª semana: "y a los que moderan su cuerpo con la penitencia transfórmalos interiormente mediante el fruto de las buenas obras". No se puede subrayar mejor la interacción alma-cuerpo. Si la Eucaristía purifica y renueva nuestras almas, también nuestros cuerpos encuentran en ella "fuerzas para la vida presente y el germen de su vida inmortal" (4ª semana, martes, oración después de la comunión; Sacr. Gcl., p. 79 y 181, nº 488 y 1225). Son los corazones y también los cuerpos los santificados: que esta ofrenda "santifique los cuerpos y las almas de tus siervos y nos prepare a celebrar dignamente las fiestas pascuales" (2º domingo, oración sobre las ofrendas).

Desde el lunes de la 1ª semana de Cuaresma se pone de relieve esta unidad de salvación para el cuerpo y el alma en la oración de después de la comunión: "Concédenos experimentar, Señor Dios nuestro, al recibir tu eucaristía, alivio para el alma y para el cuerpo; y así, restaurada en Cristo la integridad de la persona, podremos gloriarnos de la plenitud de tu salvación" (Sacr. Gel., p. 179 nº 1204).



Reflexiones Católicas.

Advirtamos esa "integridad de la persona" que traduce el latino "in utroque salvati", que seamos salvados en uno y otro, en el cuerpo y en el alma.

-Renovados para el fin de los tiempos

En definitiva, esta renovación que queremos y que pedimos al Señor, aun empleándonos nosotros mismos en ella bajo Su dirección, no tiene otro fin más que el más-allá. Los textos son numerosos; escojamos los más elocuentes. La oración sobre las ofrendas del martes de la 4ª semana es expresiva: "Te ofrecemos, Señor, estos dones que Tú mismo has creado y que ahora nos entregas, como prueba de tu providencia sobre nuestra vida mortal; haz que lleguen a ser para nosotros alimento que da la vida eterna" (Sac. Gel., p. 39, nº 251). La oración del lunes de la 5ª semana nos presenta las exigencias de esta entrada en el más-allá: "...haz que, abandonando nuestra vida caduca, fruto del pecado, nos preparemos como hombres nuevos a tomar parte en la gloria de tu reino" (2ª semana miércoles, oración de después de la comunión). Ese mismo día la oración de después de la comunión nos contempla marchando hacia el Señor siguiendo jubilosamente las huellas de Cristo. Si poseemos ya prendas de nuestra vida futura -"...que esta eucaristía, prenda de nuestra inmortalidad..."-, estamos ya en cierta manera en posesión de los bienes del cielo, aquí mismo en la tierra: "Señor, Dios nuestro, que, por medio de los sacramentos, nos permites participar de los bienes de tu reino ya en nuestra vida mortal"... (2ª semana sábado, oración; Sac. Gel., p. 23, nº 129).

6.-Orar a tiempo y a destiempo

Primer apunte de Cuaresma

La Cuaresma, pisándole los talones a la primavera, viene a brindarnos cada año la reiterada oportunidad del perdón y de la gracia; de resucitar el hombre nuevo, que anida en nosotros desde el Bautismo, pero que dormita, anémico,



Reflexiones Católicas.

entre rutinas y desganas, entre la miopía espiritual y la esclerosis religiosa. ¡Cuánto necesitamos la sacudida y el empujón hacia adelante! Sabemos que la Cuaresma no es un periodo mágico, pues todas las fechas del calendario son momentos de gracia; pero ahora la Iglesia sacude las conciencias, la Palabra nos llama a conversión, el Espíritu agita nuestras ramas. Resuenan poderosas en estas semanas las palabras de los Profetas y calan, como lluvia mansa, las sentencias de Jesús en el Sermón de la Montaña, convidándonos a la oración, al ayuno y a la limosna. Vamos con la primera. Orar es hablar. Orante y orador tienen la misma raíz, el os oris latino que significa boca. Hablamos con nuestros semejantes, hablamos con Dios. El que no ora, el que no practica la oración, queda como mudo, encerrado en sí mismo, desconectado de Dios. Y no es que hagan falta palabras sonoras para entenderse con Él; eso es la oración vocal, el rezo; pero vale también, y a veces mejor, la mental, el enlace con Dios de corazón a corazón. En ambos casos, la oración es un ejercicio precioso de la fe, la esperanza y el amor; es la respiración del alma. Da pena que la oración nos resulte tantas veces empinada, como una carga pesada, como un esfuerzo en el vacío. Nos aturde el ruido de la calle y de la vida, nos confunden y turban por dentro los remolinos del alma y las desazones de nuestro corazón. Y no es que nos falte la nostalgia de Dios ni la sed del encuentro con Él. ¡Ah sí lográsemos habitar en sus moradas, caminar en su presencia, disfrutar de su amistad! Por contra, oramos poco, cayendo en el círculo vicioso de los que padecen a la vez anemia e inapetencia. Necesitan alimentarse y tienen el estómago de punta. ¿Cómo romper el círculo vicioso, la pescadilla que se muerde la cola? Sólo entrando en las paradojas del Evangelio, en los misterios del Reino de Dios. En nuestro caso, pedir la gracia de orar, orar por nuestra oración. -Señor, ábreme los labios y mi boca proclamará tu alabanza.

El don de la oración

Digamos entonces, exagerando un tanto, que la oración no es cosa de hombres, sino otorgamiento gracioso de Dios. Entiéndase. Tampoco se trata de un monólogo divino,



Reflexiones Católicas.

puesto que consiste en una comunicación suya con nosotros. ¿De quién n es la iniciativa? De Dios, por supuesto, pero sin convertirnos en autómatas. Suya es la llamada, suya la gracia. Nuestra, la respuesta y no sin su ayuda. Sentir el deseo, experimentar la nostalgia de la oración, es ya un signo de la presencia divina en nosotros. Lo más frecuente es que Dios tome la iniciativa. "Hoy si escucháis la voz del Señor, no endurezcáis el corazón" (Sal 94). "Mira, que estoy a la puerta y llamo. Si alguno escucha mi voz y abre la puerta, yo entraré con él y cenaré con él y él conmigo" (Ap. 3,20). Habría que preguntarse, cuando se suprime, se acorta o se descuida la oración, hasta qué punto la valoramos, en qué medida la estamos impidiendo con el montaje ordinario de nuestros modos de vida. Hay que buscar, se nos dice, tiempo y espacio para la oración. Nadie discute esto en teoría. Los hombres y mujeres de especial consagración en la Iglesia incluyen la oración en su regla de vida. Jesús recomienda en el Sermón de la Montaña: "Cuando ores, entra en tu cámara y, cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en lo secreto; y tu Padre, que está en lo escondido, te recompensará" (Mt. 6,6). Nada se nos dice sobre la duración concreta de la plegaria, salvo la recomendación reiterada de Jesús y de sus Apóstoles de orar sin interrupción. San Pablo la recomienda cuatro veces, en sus Cartas a los Romanos y a los Tesalonicenses. Mas, la experiencia demuestra que no les resulta asequible el espíritu de oración continua, la presencia de Dios ininterrumpida, a quienes no introducen en su agenda diaria un espacio contemplativo, un tiempo para el encuentro exclusivo con Dios. Difícil encontrar hoy tiempo y espacio para la oración personal de muchos laicos, hombres y mujeres, y hasta de bastantes sacerdotes. Pero, cuando se descubre esta preciosa margarita, algo habría que hacer para comprarla.

Oración y oraciones

La experiencia propia de cada cual y lo que, sin espionaje, se observa en la existencia de los demás, nos convence cada día más de que no hay progreso en la vida cristiana sin un crecimiento paralelo en la oración, ni avanza tampoco la



Reflexiones Católicas.

experiencia orante si no tiene por cobertura una impregnación de todo el comportamiento por el espíritu de las Bienaventuranzas. No se avienen entre sí el crecer en la oración, sin hacerlo en santidad, ni tampoco lo contrario. ¿Es lo mismo oración que oraciones? Líbreme Dios de alabar lo primero despreciando lo segundo. Oraciones son los salmos, el Padrenuestro, el Avemaría, las preces y los himnos del Oficio divino, la tradición devocional de la Iglesia. Son, las más de las veces, una ayuda impagable para la oración. Es muy de lamentar que, en las familias y en las catequesis, no se memoricen ya los modelos escritos e impresos de la Iglesia orante de siempre. Pero, ahora y aquí, quiero y debo hablar de la oración cristiana en su sentido más hondo y teológico. A saber: - Como experiencia personal de nuestra condición de hijos de Dios por el Bautismo, abiertos a la confianza plena en el Padre: "Mirad en qué medida nos ha amado el Padre, de modo que nos llamemos, y lo seamos realmente, hijos de Dios" (1Jn. 2,1). - Como miembros de Cristo, hijos en el Hijo, incorporados por el Bautismo a su cuerpo resucitado: "Que Cristo habite por la fe en vuestros corazones" (Ef. 3,17). "Vivo yo, pero ya no soy yo; es Cristo quien vive en mí" (Gal 2,20). - Como receptores del don del Espíritu, que habita, actúa y ora en nosotros: "El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado (Mr. 5,5); "Y por ser hijos, envió Dios a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que grita: Abba, Padre" (Gal 4,6).

Dios invade nuestra vida

La oración como experiencia, cultivo y desarrollo de nuestro ser cristiano, de nuestra comunión y comunicación con la Trinidad de Dios. Más que acercarnos a la realidad divina, es ésta la que nos inunda a nosotros, la que nos transforma y, consiguientemente, nos diviniza, en todo lo que somos, tenemos y hacemos. Una oración así informa todo el resto de la existencia. Sin milagros ni angelismos, de forma gradual, iluminando todos los reductos humanos de nuestra vida. Para aproximarnos a ella hemos de nutrirnos ante todo de la lectura creyente y meditada de la Escritura. "A Dios le hablamos cuando oramos, a Dios escuchamos cuando



Reflexiones Católicas.

leemos sus palabras" (DV, 25). Hemos de alimentarnos de la experiencia de los santos, alimentarnos con la Eucaristía, recitar en privado y en comunidad la Liturgia de las horas, practicar asiduamente la mortificación cristiana y el ejercicio de las virtudes. Oración y vida se reclaman mutuamente. Entran en este modelo de oración la alabanza, la acción de gracias, la reparación, la intercesión, la impetración humilde de los favores divinos, incluso de los más sencillos y materiales. Caben también los rezos tradicionales, las oraciones entrañables de nuestra infancia. La oración teologal y trinitaria es la que genera también más presencia de Dios en nuestras vidas, aunque esto es una limosna suya que Él otorga a sus pequeños, incluidos los mejores teólogos. Siempre se ha hablado de la vida de oración como de vida espiritual. Bien dicho, pero con tal que se entienda del Espíritu con mayúscula y no del mío personal, que vive de prestado en este asunto.

7.-PARA UN RETIRO DE CUARESMA

Conviértete y cree en el Evangelio

Se acerca la Pascua, la fiesta más importante para los cristianos, y para prepararnos contamos con un «tiempo fuerte» de la liturgia que llamamos Cuaresma y que quiere decir cuarenta días. Durante este tiempo acompañamos a Jesús en los cuarenta días que caminó por el desierto y recordamos los cuarenta años de peregrinación del pueblo hebreo hasta llegar a la Tierra Prometida. Nos preparamos como comunidad a renovar nuestra Alianza con el Señor y nuestro compromiso de vivir como hermanos. Por lo tanto esta Cuaresma es un tiempo precioso para buscar juntos que el Amor de Dios convierta nuestras vidas, para estar listos y disponibles a celebrar la alegría de la Pascua:

«En el momento favorable te escuché, y en el día de la salvación te socorrí. Este es el tiempo favorable, este es el día de la salvación».



Reflexiones Católicas.

2 Cor. 6, 2

El mismo Miércoles de Ceniza, la Iglesia nos llama a la conversión y nos propone tres medios muy concretos: ayunar, orar, amar.

Para que estos tres medios no sean sólo una convención, ni estén vacíos de contenido les proponemos descubrir qué significan concretamente para nosotros.

Primer momento:

Luego de plantear el objetivo de la Cuaresma y de invitar a preguntarnos qué es lo que Dios quiere de nosotros y de cada uno, nos dividimos en tres grupos, que trabajará con una de las propuestas que nos hace Jesús en el Evangelio (Mt. 6, 1-6.16-18): Ayuno, Oración y Caridad.

En cada grupo leeremos un breve cuento y luego dejaremos que la Palabra de Dios nos hable.

1º grupo: Ayuno

Un rabino que habituaba ayunar todos los sábados, se ausentaba a la hora de la comida, desapareciendo de la vista de todos. Esto despertó la curiosidad de su congregación, que se preguntaba a dónde iría el rabino. Todos imaginaban que en su tiempo de ayuno, se encontraba secretamente con Dios y para averiguarlo designaron a un miembro de la congregación para que lo siguiera. El «espía» lo siguió y vio como el rabino se disfrazaba de campesino y atendía a una mujer pagana paralítica, limpiando su casa y preparando para ella la comida del sábado.

Cuando el «espía» regresó, la congregación le preguntó: «¿Qué ha hecho el rabino en sus horas de ayuno? ¿A dónde ha ido? ¿Le has visto ascender al cielo?». «No», respondió el otro, «ha subido aún más arriba».

¿Qué nos está afirmando el cuento, en relación del ayuno?



Reflexiones Católicas.

¿Qué situaciones personales y grupales está iluminando?
Sintetizar en una frase el mensaje que le deja al grupo el cuento leído.

«Dice Yavé: «Vuelvan a mí con todo corazón, con ayuno, con llantos y con lamentos.»

Rasguen su corazón, y no sus vestidos, y vuelvan a Yavé su Dios, porque él es bondadoso y compasivo; le cuesta enojarse, y grande es su misericordia».

Joel 2, 12-13

«Según dicen, me andan buscando día a día y se esfuerzan por conocer mis caminos. Vienen a preguntarme cuáles son sus obligaciones y desean la amistad de Dios. Y se quejan: «¿Por qué ayunamos y tú no lo ves, nos humillamos y tú no lo tomas en cuenta?»

Porque en los días de ayuno ustedes se dedican a sus negocios y obligan a trabajar a sus obreros. Ustedes ayunan entre peleas y contiendas, y golpean con maldad. No es con esta clase de ayunos que lograrán que se escuchen sus voces allá arriba.

¿No saben cuál es el ayuno que me agrada? Romper las cadenas injustas, desatar las amarras del yugo, dejar libres a los oprimidos y romper toda clase de yugo.

Compartirás tu pan con el hambriento, los pobres sin techo entrarán a tu casa, vestirás al que veas desnudo y no volverás la espalda a tu hermano.

Entonces tu luz surgirá como la aurora y tus heridas sanarán rápidamente».

Is. 58,1-8

¿Qué nos enseña la Palabra acerca del ayuno?

¿Cómo podemos traducir la invitación a ayunar en gestos concretos?



Reflexiones Católicas.

2º grupo: Oración

Cuando el Maestro invitó al Gobernador a practicar la oración, y éste le dijo que estaba muy ocupado, la respuesta del Maestro fue:

«Me recuerdas a un hombre que caminaba por la jungla con los ojos vendados...y que estaba demasiado ocupado para quitarse las vendas».

Cuando el Gobernador alegó su falta de tiempo, el Maestro le dijo:

«Es un error creer que la oración no puede practicarse por falta de tiempo. El verdadero motivo es la agitación de la mente».

¿Qué tiempo le dedicamos a nuestro encuentro con Dios en la oración?

¿Cómo podemos conservar nuestra intimidad con Dios, en el ritmo de vida cotidiano?

Sintetizar en una frase el mensaje que le deja al grupo el cuento leído.

«Pidan y se les dará; busquen y encontrarán; llamen y se les abrirá».

Mt. 7, 7

«Cuando pidan algo en la oración, crean que ya lo tienen y lo conseguirán. Y cuando ustedes se pongan de pie para orar, si tienen algo en contra de alguien, perdónenlo, y el Padre que está en el cielo les perdonará también sus faltas».

Mc. 11, 24-25

«Jesús les enseñó que era necesario orar siempre sin desanimarse».

Lc. 18, 1



Reflexiones Católicas.

«Todo lo que pidan al Padre, Él se los concederá en mi Nombre. Hasta ahora no han pedido nada en mi Nombre. Pidan y recibirán, y tendrán una alegría que será perfecta».

Jn. 16, 23-24

«Vivan orando y suplicando. Oren en todo tiempo según les inspire el Espíritu. Velen en común y perseveren en sus oraciones sin desanimarse nunca, intercediendo a favor de todos sus hermanos».

Ef. 6, 18

¿Qué nos dice Jesús en su Palabra, acerca de la oración?

¿En qué ilumina la Palabra, nuestra oración personal y grupal?

¿Cómo podemos traducir la invitación a orar, en gestos concretos?

3º grupo: Caridad

Por la calle vi una niña aterida y tiritando de frío dentro de su ligero vestido y con pocas perspectivas de conseguir una comida decente. Me encolericé y le dije a Dios: ¿Por qué permites estas cosas? ¿Por qué no haces nada para solucionarlo? Durante un rato, Dios guardó silencio. Pero aquella noche, de improviso, me respondió: «Ciertamente que he hecho algo. Te hice a ti».

En esta Cuaresma el Amor de Dios se quiere expresar a los demás a través nuestro, ¿Quiénes nos necesitan?

¿Qué problemas nos angustian y qué respuesta podemos dar?

Sintetizar en una frase el mensaje que le deja al grupo el cuento leído.

«Aunque yo hablara todas las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo amor, soy



Reflexiones Católicas.

como una campana que resuena o un platillo que retiñe ... Aunque repartiera todos mis bienes para alimentar a los pobres y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo amor, no me sirve para nada.»

1 Cor. 13, 1 - 3

«El que dice: «Amo a Dios», y no ama a su hermano, es un mentiroso. ¿Cómo puede amar a Dios, a quien no ve, el que no ama a su hermano, a quien ve?»

1 Jn. 4, 20.

Podríamos afirmar que en el fondo no hay más que un solo amor. El amor a Dios es amor a los hermanos.

«Les doy un mandamiento nuevo: ámense los unos a los otros. Así como yo los he amado, ámense también ustedes los unos a los otros. En esto reconocerán que son mis discípulos: en el amor que se tengan los unos a los otros.»

Jn. 14, 34 - 35

¿Qué nos enseña la Palabra?

¿Qué situaciones ilumina?

¿Cómo podemos traducir la invitación a la caridad en gestos concretos?

Segundo momento:

Luego del trabajo en los tres grupos, realizaremos una puesta en común y como fruto de lo compartido y a modo de compromiso, cada integrante completará una ficha semejante a la que aquí presentamos:

| | | |
|--|-------------------------------|--------------------------------|
| | ¿Qué me pide el Señor? | ¿Qué nos pide el Señor? |
|--|-------------------------------|--------------------------------|



Reflexiones Católicas.

| | | |
|---------|--|--|
| Ayuno | | |
| Oración | | |
| Caridad | | |

Cerramos el encuentro con una oración donde podemos poner en manos de Dios los compromisos que estamos dispuestos a asumir en esta Cuaresma, para que al fin podamos morir al pecado y vivir la vida nueva del Evangelio.